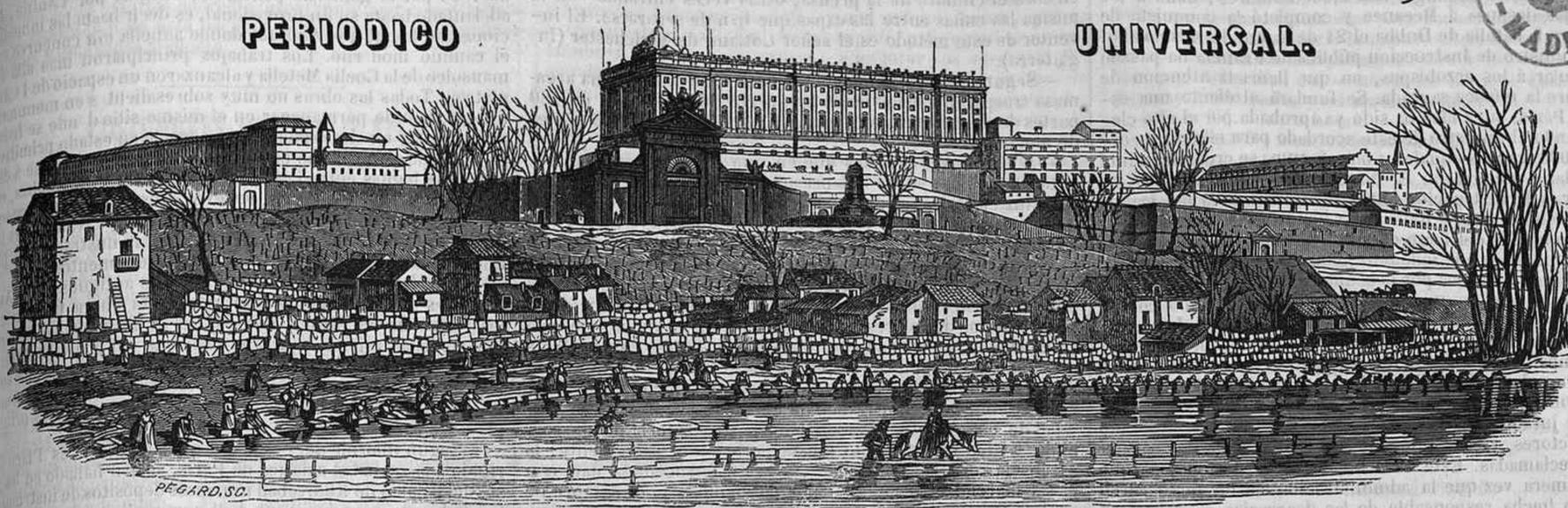


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 239.—SÁBADO 24 DE SETIEMBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA UNIVERSAL.

—El señor Elihu Burritt se ha trasladado desde el Rhin á Hamburgo pasando por Berlin. Trata en su viaje ante todo de estimular el interés general en favor de su proyecto, de establecer un porte universal de un penny (unos tres cuartos y medio) por carta, de tal manera que toda carta procedente de cualquier puerto de mar de Inglaterra dirigida á cualquier otro puerto del extranjero, no pague mas que aquel porte, por mas lejanas que fuesen las distancias.

—Del domador de fieras señor Bihin que actualmente se halla en Ginebra con su coleccion, se cuenta lo siguiente: cuando Bihin entró en la jaula de la leona, otras veces muy mansa, se precipitó esta sobre él, le agarró con sus terribles garras y le amenazó devorar con su boca anchurosamente abierta. Bihin no perdió su sangre fria y mandó entrar un cubo con agua en la jaula para apaciguar el furor de la leona. Entonces se vió al leon arrojarle por mandato del domador sobre la leona, cogiéndola por el pescuezo y llevarla al fondo de la jaula. De este modo fué librado esta vez el domador por la generosidad del leon.

—El castillo de Arenenberg, en el lago de Costanza (Suiza), ha vuelto á ser propiedad de Luis Napoleon, pues la emperatriz Eugenia lo ha comprado hace poco tiempo y regalado al emperador.

—En la fábrica de Stephenson y compañía en Inglaterra se está preparando un puente de tubos de hierro para el Egipto, que ha de conducir cerca de Bentra el ferro-carril sobre el Nilo. Se colocarán los carriles sobre los tubos, quedando además en ambos lados un paso para la gente de á pié. El puente se elevará unos 20 piés sobre el nivel ordinario del agua, y su parte central será móvil para no impedir la comunicacion en el rio cuando el agua suba.

—El consejo municipal de París ha decretado la construcción de un nuevo boulevard (baluarte) que desde la iglesia de la Magdalena ha de estenderse hasta la barrera de Monceaux; el presupuesto ha sido calculado en doce millones de francos.

—Las dos coronas imperiales destinadas para la coronacion de los emperadores de Francia se aproximan á su conclusion. Es una masa de diamantes y esmeraldas que deslumbran la vista, si se fija por algun tiempo en ellos. Ocho rayos se elevan desde la diadema primeramente verticales, formando luego una ligera curva en direccion horizontal, y reuniéndose después en un globo que lleva una cruz de Malta. Los rayos descansan sobre águilas de oro con las alas estendidas. Parece que el artista ha tomado por modelo mas bien á la corona de San Luis que la de Carlomagno. Sobre el lugar que deberán ocupar las llamadas piedras históricas no se ha determinado aun nada; solo se sabe que al conocido Regente se colocará en el centro de la diadema.

—Dícese que un empresario de diversiones públicas de París ha alquilado una parte de las catacumbas, que va á mandar adornar de un modo pintoresco para dar en ellas bailes, conciertos y representaciones teatrales durante el próximo invierno. Se bajará á ellas por una escalera de hierro colado de 200 escalones.

—El presupuesto de la ciudad de París para el año de 1854 ha sido fijado por el consejo municipal en 55.073,130 francos de ingresos y 51.834,216 de gastos.

—Se está arreglando de un modo brillante y se habrá acabado pronto el castillo de Saverne destinado para la admision de las viudas de beneméritos bonapartistas. Conceptúase como un favor especial el ser admitido en este establecimiento tan elegante y dotado de todas las comodidades de la vida.

—Como cosa curiosa se cuenta que un eclesiástico de las inmediaciones de Varsovia ha declarado desde el púlpito á una numerosa reunion de fieles, que el cometa actualmente visible es la misma estrella que habia lucido sobre el pueblo del nacimiento del Salvador y servido de guía á los Reyes Magos; que ahora se hallaba justamente sobre Constantinopla, y era tan pálido porque estaba afligido de que el ejército ruso no habia entrado aun en esta ciudad para incorporarla á la iglesia cristiana y ortodoxa.

—El conde Persano, que naufragó hace poco con su vapor Gobernolo y la familia real de Cerdeña, segun referimos en uno de nuestros números anteriores, ha sido condenado por el consejo de guerra á servir durante seis meses en grado inferior.

—Un periódico americano da la noticia de que se ha prin-

ciado á construir de algodón, no solo las velas, sino tambien la jarcia, y que este nuevo artefacto es mejor y mucho mas barato y duradero que la antigua jarcia construida de cáñamo.

—En Washington ha establecido el secretario de Estado, Marcy, con referencia á la cuestion de Koszta, el principio de que la mera declaracion de querer ser ciudadano de los Estados-Unidos seria suficiente para tener un derecho á la proteccion de América. Con motivo de Koszta vamos á referir el siguiente hecho, que merece saberse. Cuando á consecuencia de la disputa sobre el preso Koszta, el capitán del buque americano amenazaba al buque austriaco con emplear la fuerza, se hallaban los americanos y austriacos en efecto dispuestos á combatir. Los primeros habian enviado ya á tierra sus testamentos. El comandante Schwartz, del buque austriaco, habia mandado atar á Koszta al mástil, declarando que le manda-

ria fusilar al primer cañonazo, que después abordaria, y haria saltar á ambos buques. El comandante Schwartz es hombre enérgico, tranquilo y decidido.

—El rey de Bélgica ha recibido del de Prusia un magnífico regalo, que consiste en una columna de mármol con mosaico, de unos dos metros de alto y encima un jarrón. El mosaico, trabajado con suma maestría, se compone de mas de cuatro millones de piedras.

—A consecuencia del terremoto habido en Grecia el dia 18 de agosto á las doce del dia, ha sido destruida completamente la ciudad de Tebas, y han perecido once personas, habiendo sido sacados de los escombros diez y ocho heridos.

—El 29 de agosto murió en su castillo de Oakland, cerca de Portsmouth, sir Carlos James Napier, teniente general inglés, uno de los hombres que quizás se han llenado de mas gloria en dicho ejército. Emprendió la carrera militar el año de 1794



D. Pedro
Sainz de Baranda.

se batió siempre con distinción, alcanzó una gran celebridad en las Indias Orientales por efecto de la victoria de Scinde el 17 de febrero de 1843, donde arrolló de sus atrinchamientos a 22 000 enemigos con 2,300 hombres, tomó á los cuatro días después á Meeanee y completó la conquista de Scinde con la batalla de Dubba el 24 de marzo del mismo año.

—El ministro de Instrucción pública de Francia ha pasado una circular á los arzobispos, en que llama la atención de estos sobre la música sagrada. Se fundará al efecto una escuela en París, cuya idea ha sido ya aprobada por el alto clero, habiendo el ministro de este acordado para ello un socorro de 18,000 francos anuales. Con esta suma se crearán treinta y seis plazas de gracia. El director será el profesor Niedermeyer, y la instrucción abrazará además de la música los idiomas alemán, latín é italiano, la historia y geografía.

—La compañía del ferro-carril de Lancashire y Yorkshire ha sido condenada á la indemnización de 7,000 libras esterlinas por daños causados por descuido. La víctima de esta desgracia fué un griego, que se había establecido como corredor en Glasgow y pertenecía á la clase acomodada. Los albaceas suyos formaron una acusación contra los directores de dicha compañía, y exigieron una indemnización de 3,000 libras para los herederos del difunto. Otras personas de las damadas reclamaron igualmente indemnizaciones que ascendían á 4,300 libras. El jurado de Liverpool declaró culpables de descuido á los directores, y el tribunal los condenó al pago de las cantidades reclamadas. Este caso ha hecho gran ruido, porque es la primera vez que la administración de un ferro carril haya sido hecha responsable de las desgracias ocurridas en el mismo.

—Segun informe oficial de la dirección general de correos en Londres, se ha aumentado el número de las cartas distribuidas anualmente desde 1839, el último año antes de la introducción del penny-porto, hasta el año de 1852, de ochenta y dos millones cuatrocientos setenta mil quinientos noventa y seis á 370,501,499. Los ingresos líquidos después de rebajados los gastos de administración importaron en el año de 1839 1,633,764 libras esterlinas, descendieron en el año de 1840 á 500,789 libras, y se han vuelto á elevar en el año de 1851 á 1,118,001 libras; en 1852 importaron 1,090,419 libras. Los gastos de administración, en los cuales entran las cantidades satisfechas á las compañías de los ferro-carriles para el transporte del correo, eran en el año de 1839 de 756,999 libras, y en 1852 de 1,343,907 libras. El número de los giros efectuados por el correo ascendía á 188,921 para 1839, é importaba la cantidad de 343,424 libras, y en 1852 á 4,947,821 por valor de 9,438,277 libras esterlinas.

—Cinco decretos del emperador de los franceses conceden las siguientes líneas de ferro-carriles: primero, á la sociedad de París de esta capital á Strasburgo, desde París á Mühlhouse, de París á Vincennes y San Maur, y desde Nancy á Gratz; segundo, á la sociedad de Dijon-Besançon la continuación de la línea hasta Belfort por el valle de Doub; tercero, á la sociedad del Norte la rectificación de la línea de Creil á París; cuarto, á la sociedad de Orleans la línea de Tours á Mans y de Nantes á Saint-Nazaire; quinto, á la sociedad de Lyon una línea trasversal de la Roche á Auxerre.—Esos ferro carriles, dice el Monitor, cuya importancia ha preocupado ya hace tiempo la atención del emperador, tienen por objeto el rectificar ó completar las concesiones ya otorgadas, atravesar países laboriosos, unir entre sí á varios departamentos, y estos á la capital, correspondiendo algunos de ellos á las necesidades internacionales de primera clase. Una línea terminará la gran circunferencia del Sena y la Gironda, otras líneas constituirán las dos vías más importantes de comunicación á Mühlhouse y la Suiza. La ejecución de las líneas ha sido fiada á compañías seguras, cuyos recursos y crédito son mucho mayores que los gastos que han de hacer.

—La red de ferro-carriles de los Pirineos, cuyo trazado están estudiando actualmente con la mayor exactitud los ingenieros franceses de caminos y canales, tiene una extensión de más de 842 kilómetros. Constará de una línea principal de 330 kilómetros, cuyo punto de partida es Tolosa, desde donde se dirigirá directamente á Bayona, cruzando los importantes puntos de Muret, Saint-Gaudens, Montrejeau, Tarbes, Lourdes, Pau, Orthez y Peyrehorade. De esta línea principal partirán ramales tocando en la parte meridional los Baños de Bagnères, de Luchon y de Bigorre, luego Argeles, Luz y Sauveterre, y por el Norte Dix, Mont de Marsán, Auzan, Auch y Agen. El ramal más importante será el de Bagnères de Luchon, que formará á lo largo de Coll de la Glère y al través de la alta montaña una comunicación directa con Zaragoza y Madrid.

—Una sociedad inglesa se ha ofrecido á establecer un telégrafo sub-marino desde cualquier punto de la costa austriaca del Adriático á las islas Jónicas, y ha presentado ya al gobierno austriaco las proposiciones al efecto. Esta es una empresa que no ha podido proponerse á tiempo más oportuno, atendido á que se hace cada vez más sensible la necesidad de tener noticias prontas y seguras del Levante. Es sabido que la comunicación entre este y el Austria está sostenida por los vapores del Lloyd austriaco, que parten desde Constantinopla cada lunes, y llegan, con raras excepciones, á Trieste el martes de la semana siguiente, esto es, después de un viaje de nueve días. Por medio del establecimiento de los telégrafos submarinos proyectados, quizás del mejor modo entre Corfú y Budua siempre que se quiera evitar la costa de la Albania, se tendrían las noticias del Levante con dos días de anticipación.

—Los ocho grupos de mármol que han de adornar el puente del palacio en Berlin, costarán, incluso los pedestales pulidos, la suma de 100,000 talers (unos 1,400,000 reales). Por cada grupo recibirá el artista 8,000 talers, debiendo costear este el mármol correspondiente, que podrá tasarse en dos mil talers.

—Para un monumento de Winkelried en Stans (Suiza) se hace una suscripción que ha producido ya bastante. El escultor Kaiser, discípulo de Shewanthaler, es el encargado del modelo, para el cual han hecho los dibujos correspondientes los pintores Kai-er y Deschwender.

—Todo el mundo conoce la fuerza inmensa que puede ejercerse por medio de la prensa hidráulica de Bramah, pudiéndose emplear de infinitos modos en las artes y los oficios. Este número ha sido aumentado recientemente por una nueva aplicación de bastante importancia, que consiste en usar aquella prensa en caso oportuno para el arranque de las capas ó mo-

les en las canteras de pizarra, lo cual se hacia antes con pólvora. El procedimiento para ello depende de las circunstancias, haciéndose unas veces aperturas en la piedra é introduciendo en ellas el cilindro de la prensa, otras veces entrando con la misma las cuñas entre las capas que han de separarse. El inventor de este método es el señor Cotlam, de Manchester (Inglaterra).

—Segun el señor Lenher de Bruselas, se obtiene una argamasa trasparente disolviendo una parte de Kautschuk en 180 partes de cloroformo, agregando á esta disolución 45 partes de almidón.

—A las breves noticias que en uno de nuestros números anteriores dimos sobre la fabricación de los colores por medio de la luz eléctrica, podemos añadir hoy la siguiente comunicación para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores. La lámpara de Watson, en la cual se produce la luz eléctrica, no se distingue esencialmente de las lámparas ya conocidas, pero en cambio tiene la batería galvánica de Watson una notable diferencia con las demás. Su inventor la llamaba la *Chromática* (el productor de colores), y asegura poder producir con solo cinco sustancias mas de cien diferentes matices. Estos colores no se hallan compuestos de productos activos, sino que se han desarrollado por el efecto de la electricidad, mientras las sustancias empleadas motivaban de un modo peculiar la estabilidad de este efecto. Watson emplea una batería de hierro y zink, y dice con respecto á esta perfección ó siguiente: la sal lijivia roja, la sal prusiata, ó la sal ferrocianata dan con la sal marcial el hermoso color conocido bajo el nombre de azul de Prusia. En la batería de hierro y zink uso la sal prusiata del modo siguiente: á la plancha de hierro como a la de zink agrego la última sal en menor cantidad, pero por una razón muy sencilla á la sal marcial. El producto de este polo de hierro es el azul de Prusia de la mayor belleza, y el del polo de zink una especie de azul de ultramar.—Una batería de plomo platinica produce el color amarillo de cromo en consecuencia de agregar el bi-cromato de potasa. Como el ácido prusiato de potasa con hierro da un color azul, y el cromato de potasa con zink un color amarillo, resulta que si se echan estas sales juntas en una batería de zink y hierro, nacen matices verdes. Si se agrega á la batería de plomo el ácido prusiato de potasa resulta un color blanco que no se oscurece con el hidrógeno sulfúrico, pero si en cambio se emplea el cromato de potasa, en la batería de hierro, se obtendrá un pardo osuro. Cal en union con cromato de potasa en una batería de plomo conduce á la producción de un brillante color encarnado. Watson recoge igualmente los vapores que se forman por la acción de la batería, y saca de ellos el nitrato de potasa y ácido sulfúrico. Una solución de sal de mar verificada en la batería produce un cloruro de cal enteramente inocente, á saber, el sub-cloruro ácido de sosa. Igualmente podrá hacer pasar el cloro en agua ó cal y se obtiene sosa como precipitado. Watson calcula que una cuerda eléctrica de un cuarto de pulgada de diámetro da tanta luz como un tubo de cristal de seis pulgadas de diámetro. No comprendemos muy bien este cálculo, y debemos además manifestar que con respecto á la producción de los colores eléctricos que no hacemos mas que referir lo que hemos oido y leído.

—El señor Haefely en Mühlhouse (Elsasia) ha hecho á la sociedad industrial de aquel punto la interesante comunicación de que ha logrado introducir en las diferentes fabricas de tintes de lana en York-shire (Inglaterra) un nuevo producto químico, á saber, el ácido sulfopurpúrico ó la *fenicite* de Walter Erum, que hasta ahora solo se habia producido en el laboratorio: se obtienen aquellos cuerpos por la influencia del ácido sulfúrico sobre el añil echando esta mezcla en agua. A poco tiempo se forma un precipitado encarnado, que reunido en un filtro, presenta el ácido compuesto ó copilado, arriba indicado que pueda tambien llamarse, si se quiere, añil encarnado sulfúrico, lo cual constituye un cuerpo muy diferente por su composición y sus propiedades del añil azul sulfúrico como está contenido en el carmin azul de venta. Se le une con el óxido sódico para producir el ácido sulfopurpúrico sódico, y se venderá la libra á 8 pences (unos 3 reales). Haefely presentó varias telas de seda teñidas con este material azul, violeta y encarnado, de cuyos últimos, aunque no tan vivos como los teñidos con orquilla ó palo de campeche, sin embargo tenían un color mucho mas duradero. Esta importante invención ha llamado ya la atención de otros químicos, y los ha estimulado á hacer ensayos ulteriores. Así como Carlos Gros-Renaud, hijo, nos da noticia de la notable influencia de la sosa sobre el carmin-añil (ácido sulfúrico-indigístico), en cuya consecuencia no hay necesidad de teñir la lana por medio del corrosivo, y esto es, conforme al estado de la reacción, de amarillo ó violeta, y siguiendo hasta cierto punto, aun hasta encarnado oscuro. Renaud pretende esta nueva transformación del añil que se distingue del arriba indicado *ácido sulfopurpúrico*.

—Segun noticias que tenemos á la vista, se construye actualmente en el taller de Froment en París uno de los primeros instrumentos matemáticos, una máquina cuya utilidad es muy capaz de excitar el mayor interés. Demasiado sabido es cuántos gastos y pérdida de tiempo se requieren para el reconocimiento preliminar del estado del terreno relativamente á la construcción de caminos, ferro-carriles y canales, empleando para ello las penosas é innumerables nivelaciones segun el procedimiento hasta ahora usado. Pues bien: dícese que con el nivel de Froment se evitan todas aquellas dificultades. Basta hacer correr la máquina por el trazado del camino ó canal que ha de construirse, para obtener inmediata y directamente en el papel los accidentes del terreno con la mayor exactitud en sus diferentes partes y en cualquiera escala que se quiera. La máquina, que es en efecto un aparato completo de integrar, da los resultados mas exactos, y tiene al mismo tiempo una composición sumamente sencilla. Si esta máquina obtiene la aprobación de los inteligentes, no puede dudarse que será de la mayor importancia para los efectos arriba indicados.

—En Roma ha obtenido la primera ópera de un compositor nuevo y no nombrado, intitulada *Il Solitario*, un éxito tan inmenso, que el compositor, y esto lo sabemos por conducto fidedigno, ha sido llamado á la escena noventa y siete veces.

—Se está ensayando en París la *Ifigenia* de Gluck para la gran ópera, y se cree poder considerar esta circunstancia como

el principio de una sana oposición á la moderna dirección musical dominante.

—La escavacion de la antigua *via appia*, emprendida desde 1850 por el gobierno pontifical, dirigida por Canina, ha adelantado hasta su fin provisional, es decir hasta las inmediaciones de la antigua *Bovilla*, donde aquella *via* concurre con el camino mod rno. Los trabajos principiaron mas allá del mausoleo de la Coelia Metella y alcanzaron un espacio de 11,834 metros. Todas las obras no muy sobresalientes en monumentos etc. han de permanecer en el mismo sitio donde se hallaron, y servir en cierto modo de cuadro de su estado primitivo. La vista de este camino en su totalidad, estendiéndose á distancia de leguas entre las ruinas descubiertas de tumbas, entretanto fragmentos de estatuas, relieves é inscripciones, recuerda vivamente la calle de las tumbas de Pompeya. Numerosas láminas presentarán á la vista del público las ilustraciones, planos y recomposición de los diferentes monumentos.

—Para la escavacion de los restos mas antiguos de la Asia (pues se cree haber encontrado hasta ahora únicamente los restos de su último tiempo) se ha formado en Londres una sociedad asirica, bajo la presidencia del príncipe Alberto y la participación de un gran número de los hombres mas eminentes en las ciencias y de la aristocracia. Se quiere reunir un capital de 10,000 libras esterlinas, y dar entonces principio á las averiguaciones.

—Segun informe del célebre arqueólogo francés Place dirigido á la sociedad asiática de París, se han hallado en los pisos del palacio de Khorsabad inmensos depósitos de instrumentos de hierro y acero, cuyo hallazgo explicaria el admirable trabajo de las piedras entre los antiguos asirios, que sin esos excelentes instrumentos hubiera permanecido casi enigmático para nosotros.

—En las escavaciones de Herculano y Pompeya que se siguen sin interrupcion, se ha descubierto recientemente una estatua de mármol pintada representando la figura colosal de un hombre, cuyos colores estan perfectamente conservados. Para la policromía (composición de diferentes colores, matices etc.) de la plástica antigua ha sido esto un hallazgo importante. Pronto se dará á conocer al público con todo el brillo de sus colores en la gran obra de lujo del profesor Zahn, intitulada *Pompeya, Herculano y Stadiae*.

—Ya hace algunos años llamó el doctor Tschudi en Viena la atención del público sobre un hecho (que sin embargo mencionó ya en el año de 1822 un periódico de Viena), que está en abierta contradicción con los resultados ordinarios de las experiencias médicas, y cuya explicación ofrece tanta mas dificultad, cuanto que se halla en oposición, no como en otros problemas la práctica con la teoría, sino una máxima con otra. Consistía esta en la costumbre de los trabajadores en las fundiciones y los campesinos de la Estiria y Austria bajo, de tomar como una especie de remedio dietético cada ocho ó diez días, y aun mas á menudo una mayor ó menor cantidad de arsénico. Las averiguaciones hechas desde entonces sobre este objeto han dado por resultado que este uso no solo se limitaba á los países indicados, sino que se extendia tambien sobre el Salzburgo y Tirol entre los cazadores de gamuza. Como ejemplo palpable se cita á un hombre que desde la edad de veintisiete años, en que comenzó, hasta sesenta y tres años en que acabó por miedo de caer enfermo á imitación de un amigo suyo, habia tomado la dosis de tres á cuatro granos de arsénico, y en su vista una cantidad aproximada de dos libras medicinales. Además afirma el director de una mina arsenical, que desde varios años está tomando cada mañana con el café una dosis de tres á cuatro granos de arsénico.

La mayor parte de los comedores de arsénico suspenden el uso de este veneno durante la luna menguante; pero tambien esta precaucion parece superflua atendiendo al último caso arriba indicado. La gente cree por medio del arsénico en parte por servarse contra la influencia perniciosa de la fabricación del arsénico, en parte adquirir fuerza y vigor. Si el primer motivo ha sido justificado ó no por la experiencia, no hemos podido sacar del informe que tenemos á la vista; el segundo sin embargo no se halla desprovisto de todo fundamento, en atención á que los comedores de arsénico suelen alcanzar una tozana vejez, ser robustos y fuertes, y gozar de perfecta salud hasta una edad bastante avanzada, á excepcion de una ronquera que se presenta con alguna frecuencia. Pues bien: si comparamos ahora con esto la experiencia que los médicos han adquirido por la práctica, resulta á la verdad una contradicción no insignificante. Como medio de curacion se receta comunmente el arsénico blanco (ácido arsenicoso), y para interiormente de $\frac{1}{2}$, á $\frac{1}{4}$ granos; y si bien le es permitido al médico es ederse de esta dosis en ciertos casos, tendria que temer el envenenamiento si prescribiera una cantidad algo mayor que la últimamente nombrada, y no queria esponerse tan facilmente á la responsabilidad consiguiente. Además, sabido es que se emplea frecuentemente el arsénico en la cria del ganado (caballos, bueyes, terneras y cerdos) siendo entonces un medio dietético que robustece y engorda á aquellos animales; y así es que bien podría tomarse en consideracion la propiedad del arsénico aplicado en pequeñas cantidades para estimular el estómago y aumentar el apetito. Pero si bien pueden los caballos tomar de tres á cuatro granos sin oposicion alguna, se considera siempre un grano para el hombre como una dosis mortifera, y la experiencia nos ha probado siempre hasta ahora que tal creencia es cierta, por mas que sabemos de algunos ejemplos donde una mayor cantidad (de una onza, que un fraile tragó, pensando que era sal de Glauber ó glauberita) ha quedado sin resultado mortal. En una oposicion aun mas abierta y chocante con el asunto en cuestion se halla mas que esta experiencia del envenenamiento agudo por el arsénico, la experiencia que del envenenamiento crónico se ha hecho. Este se observa particularmente en los trabajadores de las fundiciones de las minas de arsénico, en las fundiciones del cobalto, en las del cobre blanco, en las preparaciones de los cobres etc. y se produce segun oposicion general introduciéndose en el cuerpo el arsénico evaporado por medio de los órganos de la respiración ó de la piel, como tambien por la introduccion de pequeñas cantidades. Si pues la incorporacion del veneno en los comedores del arsénico se hace primeramente en pequeñas cantidades, y el organismo se acostumbra á ello sin que resulten malas consecuencias, ¿por qué, preguntamos, no sucede lo mismo con las personas que se esponen á envenenarse de la

manera arriba citada, y en qué se funda la creencia de los trabajadores estirios de preservarse por medio del uso del arsénico en grandes dosis contra su influencia en pequeñas cantidades, en que se divide el arsénico en los trabajos de minas y fundiciones? Quizás podremos esperar obtener con el tiempo una explicación de esto haciéndose las investigaciones científicas y detalladas al efecto.

COSTUMBRES DEL SIGLO XIX.

I.

Si costumbre se llama al conjunto de cualidades que forman el carácter distintivo de una persona ó de un pueblo, las costumbres del siglo las formarán el conjunto de sus cualidades, y según estas sean más ó menos buenas, más ó menos bueno será también el siglo. No, señores; en la verdadera acepción que aquí debemos dar á la palabra siglo, este no es más que el mundo considerado en cuanto al trato social. ¿Luego al mundo debemos pedir cuenta estrecha de sus cualidades? Tampoco. En prueba de ello, la semana pasa a me decía un padre de familia:—¡Ay amigo mio! ¡qué pervertido está el mundo! ¡Qué escándalo!—¿Por qué dice Vd. eso?—¿No ha visto Vd. cómo se baila en el día la redowa? Como si el mundo fuera algún mozalvete, no quiero decir pollo, que tuviera la debilidad de ocuparse en esas tonterías. ¿Pues quien es el responsable? El hombre. ¿Y las cualidades que le distinguen en la actualidad son tan perfectas que nada encontramos en ellas digno de censura? Desgraciadamente, y aunque á la vez defendamos nuestro amor propio, debemos confesar lo contrario.

Desde que el hombre nace demuestra natural inclinación á lo malo.

Los padres por evitar, dicen, un disgusto á sus hijos, no los enseñan al colegio hasta que tienen siete ú ocho años, y habituados á la ociosidad, se les hace entonces muy cuesta arriba ponerse bajo la férula de un preceptor, que por lo regular no piensa más que en dos cosas: en la hora de dar punto á la clase para que le dejen en paz sus discípulos, y en el día que vencen sus honorarios.

Sin embargo, es preciso que el muchacho estudie gramática latina, no porque sepa la castellana, sino porque va á cumplir quince años y á esta edad se debe pensar ya en darle una carrera.

—¿Y qué le haremos?—dice el padre.

—Abogado.—Contesta la madre.

—Médico.—Replica aquel.

—No señor, quiero ser arzobispo, grita el hijo.

Y se deciden por cualquier cosa, por nada generalmente.

Se le matricula en la universidad, asiste por espacio de diez años, y estudia diez días, es decir, la víspera del señalado para examinarse; y gracias á esto, y después á la bondad del catedrático y á las relaciones de familia, consigue tener un título. ¿Pero qué ha aprendido? ¿Qué sabe? Ha aprendido mucho, sabe lo que actualmente debe saber un hombre, el arte de vivir sin hacer nada, sin dejarse engañar, y engañando á los demás, á lo cual han dado en llamar talento.

Mas el enfermo no quiere consultarle, porque teme morir á sus manos. El litigante no le busca porque sabe que jamás la ganando un pleito. El propietario no le encarga que levante sus casas, porque no le durarán el tiempo que ha calculado. Y este médico sin enfermos, este abogado sin pleitos, este arquitecto sin trabajo, este hombre ocioso se dice: *soy algo, necesito casarme*. Encuentra una niña de ojos compasivos, que está deseando que la digan *esta boca es mía*: le hace filin; para declarar su atrevido pensamiento tiene que servirse del memorialista de enfrente; la niña se ruboriza al pronto, pero después accede, y los padres les echan su bendición, llenos de entusiasmo y de amor propio. Al mes se efectúa la boda; á los nueve ó antes se multiplica la familia, y entonces sucede lo que no puede menos de suceder. Si es rico, lo cual no es probable, porque en este caso estaba dispensado de estudiar, gasta su caudal para atender á las obligaciones que se ha creado; y si por el contrario es pobre, se entrega al vicio, y acaba sus días desesperado, legando á su muger la miseria, que no siempre conduce por el camino de la conformidad, y á sus hijos una lastimosa educación.

Al leer estos, tan verídicos como mal pergeñados renglones, no faltará quien esclame:

—El articulista debe ser un santo! Esto sería muy lógico, pero no es verdad. Quizá sea padre antes de haber aprendido á ser hijo. ¿Y en qué consiste esta paradoja? ¿Porque, conociendo el mal, lo censura en l s demás y no lo evita? Porque reprende siendo reprehensible? *Esta es la peor costumbre que tenemos.*

Otra cosa he observado muy curiosa y que no comprendo. Tuve necesidad de consultar una vez á un buen legista sobre una intrincada cuestion de derecho. Parecióme lo mas natural ver antes la lista del Colegio de Abogados, en la que, sin disputa, se encuentran hombres que gozan con justicia de muy buena reputación, y al decidirme por uno, entré á verme un amigo mio.

—¿Qué haces?—me dijo.

—Necesito un buen abogado, y le estoy buscando.

—Pues no te canses mas, ven conmigo.

Yo esperaba encontrarle envuelto en una preciosa bata con su correspondiente gorro de terciopelo bordado de oro, y mi imaginación me estaba pintando un magnífico bufete, cuando de repente me dice mi amigo:

—Aquí tienes lo que buscabas.

La persona que me acababa de indicar era... *un sastre de portal*.

Al pronto lo tomé á broma; pero después me convencí de la realidad. El sastre me resolvió la cuestion, citándome el parecer de una multitud de autores aventajados en la materia, y pronunció por último un discurso que revelaba un talento privilegiado.

Lleno de admiración le pregunté la causa que le habia conducido á aqu l deplorable estado, y me contestó:

—La necesidad: gano mas haciendo pespuntos que defendiendo litigantes.

—¿Conque tanta utilidad deja el oficio?...

—Lo puramente indispensable para no morirse de hambre.

¿Qué campo tan vasto se presenta á los ojos del filósofo!

¿Cuanto nos resta que aprender! ¿Qué atrasados vivimos!

Pero ¡ah! ¡ah!... ¿Quién soy yo para echarla de moralista?

¿Acaso no habra quien diga, y con sobrada razon, que en esto consiste el mal? ¿Qui n soy, repito, para estudiar las costumbres, corregir sus causas, y mejorar sus efectos? ¿He tenido tiempo para leer una pagina al menos del gran libro del mundo? Y aun habéndola leído, que es bastante suponer, ¿hubiera podido comprenderla? Pues qué, ¿basta siempre una decidida voluntad y buena fé para coronar nuestras empresas? Y además, ¿qué é puedo tener yo, niño sin experiencia, cuyo corazon fue destrizado á los primeros soplos del infortunio? ¿Son estos títulos suficientes para poder apreciar lo bueno y lo malo? Nada, nada: aquí dejo la pluma, y mis condescendientes lectores me dispensarán esta licencia, que por cierto no es poética. Pero ¿he de confesar mi pecado? No señor... ¿Qué disparate!... Aunque nada valgo, no está bien que yo lo diga... Pecho al agua!... No, no: pero á poco! ¡lamentos por un momento á la costumbre. *Raciocinemos*. ¿Mas qué idea! Voy á reunir datos, y sin poner nada de mi cosecha los presento luego al buen criterio de personas mas competentes, para que en su vista formen un juicio exacto de nuestras costumbres, y pueda cada *quisque* aplicar el dedo á su llaga.

—Magnífico!... me he salvado!

«Se necesitan datos para escribir un artículo acerca de las costumbres del siglo XIX. Se admiven de cuatro á seis de la tarde en la calle de la Esperanza, esquina á la del Deseo, número 160, cuarto quinto de la derecha, donde tienen Vds. su casa.»

—¡Eh!... Ya está redactado el anuncio. Al encargado de los ambulantes con él, que le dará mas publicidad y me servirá mas barato. Ya recorre las calles de la coronada villa mi estambótico aviso; todos lo leen y se agitan... Qué movimiento! Esperemos.

II.

Las cuatro!... Ya me tienen Vds. sentado en mi despacho esperando que suene la campanilla de la puerta de mi cuarto. Pero nadie llama, y sin embargo son las cuatro y m dia. ¿Se habrán reido de mí?—No lo creo... Por vida del!... Las cinco! Pues señor, paciencia.—Din, din!—Gracias á Dios... que pasen, que pasen, dije á mi criada.—Es un mozo de cordel que trae esto para Vd., me contestó aquella presentándome una carta.—Está bien.—Dice además si tiene Vd. voluntad de darle alguna cosa.—Hágale Vd. presente, que aquí no se recibe la correspondencia que no venga franca de porte.

¿Pero quién me escribirá?... ¡Si será el celador exigiéndome la imprescindible licencia estendida en el indispensable papel sellado para recibir datos en mi casa!... Mas calla!...—«Muy Sr. mio: Prevengo á Vd. que nadie irá de cuatro á seis á visitarle, porque á esa hora todos estan durmiendo la siesta.»—Y es verdad; como yo no duermo mas que de noche, creí que los demás hombres estaban obligados á hacer lo mismo.—Mudará la hora: de doce á dos... Corrientel!

Ya son las doce. Abra Vd. la puerta, pase Vd. por aquí... El que acababa de entrar era un hombre con todas las trazas de marido.—Hable Vd.

—Mi muger...

—(No lo dije!)

—Mi muger tiene un primo.

—Esa es la costumbre, caballero.

—Y además un perrito.

—Tambien costumbre.

—Pero lo peor es que cuando vamos á las tiendas ó á paseo, el primo la ofrece su brazo, y mi muger pretestando que las aceras son estrechas, me hace ir delante con el perro en brazos.

—Costumbre... Otro!

—Caballero, mi marido es un infame, tiene relaciones con una modista, que está muy lejos de valer lo que yo; le he sorprendido varias veces!

—Es la costumbre, señora. Otro!

—He prestado mil reales sin llevar interés alguno, y hace dos años que no solamente no me dan un cuarto, sino que me niegan la deuda, y lo que es mas, el agradecimiento.

—Otro!

—Un prestamista por quinientos reales que necesito, me exige que le firme un pagaré de mil, hipotecando además á su favor la paga que disfruto como empleado.

—¿Y cuánto tiempo tardará Vd. en reintegrarle de su dinero?

—Seis meses.

—Es decir que le lleva á Vd. un doscientos por ciento?

—Cabal.

—Es la costumbre. Otro!

—Soy empresario de un Teatro. Todas las noches veo llenas las localidades, pero las cuentas que me presenta el contador solo arrojan una cuarta parte de la entrada.

—Busque Vd. otro hombre de su confianza.

—El actual la merece.

—Pues no lo entiendo.

—Es que, sin poderlo evitar, ocupan todas las noches los alabarderos las tres cuartas partes del coliseo.

—Es la costumbre... Otro!

—Hace seis meses presenté un drama original al teatro. Para leerlo han tardado cuatro, uno para decidirse á ponerlo en escena, pues decía el empresario que no le convenia el drama original porque eran mayores los derechos que los que devengaba su representacion. Se lo ofrecí de balde, y me lo ejecutaron en seguida, y á pesar de que lo han aplaudido muchísimo, no encuentro editor que lo compre.

—Pues apenas los hay en Madrid!

—Es que el uno dice que no le gusta, el otro que no le conviene porque solo tiene tres actos, el otro apenas me paga el trabajo de copiarlo, el otro quiere de balde, y finalmente, el último me exige dinero encima por imprimirlo.

—Es la costumbre, compañero. Otro!

—He concebido un proyecto grandioso; estoy seguro de que con su realizacion ganará considerablemente la sociedad entera; pero no me es permitido llevarlo á cabo.

—Solicite Vd. el apoyo de otras personas.

—Nadie me oye.

—Apele Vd. á la prensa.

—Y me oirá?...

—Otro!

—Tengo á mi madre enferma, y por salvarla he agotado todos mis bienes: sin medios para conservarla la vida me he visto precisado á apelar á la benevolencia de un antiguo amigo, que en tiempos mas felices me ofreci mil veces su apoyo. Mas ¡ay! ocho dias consecutivos he ido á su casa, pero no he conseguido verle, y mi madre se muere!...

—Vaya Vd. á otras horas.

—Es que antes siempre le encontraba!

—Otro!

—Caballero, vendía zapatos y me contentaba con una corta ganancia que me permitiera atender á mi subsistencia y á la de mis hijos: al lado de mi casa otro zapatero ha abierto una tienda con un lujo desconocido y su correspondiente rótulo DE PARIS, y desde entonces nadie me compra.

—Eso no es extraño.

—Es que vendo mejores zapatos y mas baratos.

—Ponga Vd. una tienda mejor que la de su rival.

—No tengo dinero.

—Entonces paciencia.

—Me he de morir de hambre?...

—Es la costumbre. Otro!

—He seguido un pleito sobre pago de 8,000 rs. y lo he ganado.

—Y se queja Vd.?

—Es que las costas ascienden á 12,000.

—Otro!

—Desde que la zarzuela y el baile producen tan buenos resultados, no hay ganancia que no haga gorgoritos, ni piernas que se puedan estar quietas.

—Pero cada uno es dueño de su garganta y de sus piernas, y puede hacer de ellas lo que le acomode.

—Es que vivo en cuarto segundo, y el principal lo habita un hombre, digo no, un cañon de á treinta y seis con una voz de idem que me ha hecho perder la afición á la música, habiéndome roto los oidos por añad dura.

—Pero no siempre estará cantando...

—Es que cuando calla, una señorita que vive en el cuarto tercero se ha encargado de romperme la cabeza con sus batimanes y malditas castañuelas.

—Otro!

—Soy dueño de un café y he hecho un gran descubrimiento que vengo á participarle.

—Tendré mucho gusto, caballero.

—De las personas que concurren á él, he observado que las dos terceras partes no tienen oficio ni beneficio.

—Y qué deduce Vd. de eso?

—Que calculado á Madrid 260,000 habitantes, resulta que existen 170 000 y pico que no tienen en qué ocuparse.

—Otro!

—Hace veintiocho años que servia al Estado, y acaban de dejarme cesante por colocar á un mequetrefe que no sabe leer, ni escribir, ni hablar...

—Algo sabrá cuando...

—Asguro á Vd. que no tiene en su favor mas que el haberle recomendado una señora á S. E.

—Otro!

—En casa comemos á las siete; pero algunos dias se rebela mi estómago á las seis; pero mamá me prohibe terminantemente que me ponga á la mesa, porque dice que es temprano.

—Si es costumbre...

—Pero acaso no me es dado tener apetito hasta las siete en punto de la tarde?

—Otro!

—Acabo de fundar un periódico útil á todas las clases de la sociedad; ¿pero creará Vd. que ni de balde encuentro quien lo lea? al paso que un amigo mio está publicando otro cuyo único objeto es facilitar combinaciones y cabalas de la lotería primitiva, y cuenta en menos de un mes de existencia con veinte mil suscritores.

—¿Otro!... ¿Pero qué ruido es ese?...

—¡Yo primero!

—¡Primero yo!!

—¡Silencio, señores!!!

En esto dieron las dos.

—¡Ya no doy audiencia!

—¡Pero escuche Vd.!

—¡No puedo!

—¡Seré breve!

—¡Antes yo!...

—¡Tengo que hacer!...

—¡Pero!!!...

—¡Ea! ¡Que no!...

Y vi rodar alborotando por la escalera á un *inquilino* que venia á pintarme la *inhumanidad* de su casero, un casero que trataba contra el descuido de su *inquilino*, un coronel que se quejaba del genio raro de su *general*, un capitán que echaba pestes de su *coronel*, un teniente que no podía sufrir las exigencias de su *capitan*, un sargento que prefiría en balazos del enemigo á estar á las órdenes de su *teniente*, un *cabo* que renegaba del *sargento*; un soldado que maldecía la vara del *cabo*, y por último un sin número de personas que se disputaban la vez para acusarse recíprocamente.

Al oír tanta confusion y ver cuadro tan espantoso, no pude menos de llevar las manos á los ojos, y esclamár lo que esclamareis vosotros sin duda: *Nuestras costumbres son malas*.

JOSÉ MARCO.

LAS TRES REINAS.

(Continuacion.)

Sabed que cuando los médicos salieron por última vez de la real estancia, y el teniente general del reino acudió á los empiricos, le ofreci mis servicios: al ver al agosto enfermo, conocí que le quedaba poco tiempo de vida; pero los momentos de existencia que le restaban, eran demasiado largos para Northumberland, que preparó una pocion... yo la presenté al rey: desde entonces empeoró este visiblemente, y seis horas después era ya cadáver.

—Fué una accion infame, exclamó Gilberto.
 —Es verdad, murmuró Gunnor; una accion que Dios no dejará impune, y en la que solo tomé parte para que Northumberland cayese en mi poder. Aunque el mal del rey era incurable, hubiera podido vivir penosamente algun tiempo, y el duque estaba impaciente por apoderarse del mando supremo. Yo tambien tenia prisa de apoderarme de la cabeza del duque, y por eso acepté la complicidad en su crimen.

—Vuestro voto se verá cumplido, y vuestra venganza satisfecha, dijo el desconocido. Seguidme.

—Poco á poco. ¿Qué resultará de mi testimonio contra lady Juana?

—La pérdida de la corona; acaso la muerte...
 —Pues bien; callaré.

—En la Torre hay instrumentos de tortura, que han triunfado de resistencias mas imponentes que la vuestra.

—Que los ensayen en mi cuerpo.

—Abuela, dijo Gilberto, colocándose puñal en mano, entre ella y el desconocido, volved á vuestro cuarto. ¿Por qué habeis de comprometer así vuestra seguridad?

—¡Bah! respondió el desconocido con desprecio: ya he dicho que nada malo la acontecerá. Os tenia por dos fieles partidarios de la reina Maria...

—¿Y qué! ¿Puede esta alcanzar el poder soberano mientras Juana empuñe el cetro?

—Ya! pero amenazais los dias de lady Dudley, replicó Gunnor.

—No; deseo por el contrario poder salvarla, y solo atiendo á dos objetos; derribar á Northumberland y devolver la corona á aquella á quien pertenece de derecho.

—En ese caso, os seguiré.

—Vais á caer en algun lazo, observó Gilberto; que declare primero este hombre quién es.

—No quede por eso, amigo mio; voy á decir mi nombre á vuestra abuela.

Y acercándose á la vieja, pronunció á su oido dos palabras que la hicieron estremecerse.

—No me detengas, Gilberto, dijo al punto: es preciso que yo vaya con él.

—¿Os acompañaré, abuela?

—De ningún modo, contestó el desconocido, si no quereis visitar el calabozo mas oscuro de la Torre. Mañana, á media noche, acudid á la cita que os he dado, y no os pesará.

A una seña de la abuela, abrió el jóven la puerta y se hizo á un lado: el desconocido y la vieja se perdieron entre las sombras.

Una vez en la calle, Simon Renard (pues no era otro el misterioso personaje) dió un silbido, y al punto aparecieron dos hombres que guiaron á Gunnor precipitadamente detrás del embajador. Sobrevenida de sorpresa y de miedo, no opuso al principio la menor resistencia; pero poco después comenzó á luchar contra sus conductores con desesperados esfuerzos, protestando contra aquella violencia que calificaba de inútil, si en efecto la llevaban al sitio que se la habia anunciado.

Simon Renard hizo un gesto, y los dos hombres cogieron en brazos á la vieja y la condujeron de este modo hasta aquella parte de la Torre de Londres, cuyas murallas, en aquella época, ofrecian el espectáculo de muchos patibulos, cuyas líneas se dibujaban vagamente entre las cenicientas tintas del crepúsculo.

—En este palacio-ciudadela, dijo Simon Renard á Gunnor, descansa Northumberland al abrigo de tres órdenes de fortificaciones y custodiado por muchos miles de hombres; pero si persistís en vuestro propósito, dentro de ocho dias figurará su cabeza en uno de esos cadalsos.

—Mirad ese que está á nuestra izquierda, respondió Gunnor con acento conmovido; en él fué decapitado mi querido Seymour, duque de Somerset: si consigo vengar su muerte haciendo que perezca su odioso enemigo, nada mas pediré al cielo.

—Dejad que yo os dirija; cerrad los ojos, y la vengareis.

—Mas... ¿cómo haremos para entrar en la Torre?

—¡Oh! De seguro que no penetramos por la puerta principal.

—No comprendo...

—El carcelero en jefe es mio en cuerpo y alma, y conozco la Torre mucho mejor que los mismos monarcas ingleses... Pero ya va á amanecer, y si permanecemos aquí seremos observados. Retirémonos... Venid, venid... no os detengais, pues no debemos perder un instante.

CAPÍTULO IV.

Hemos dejado á Northumberland profundamente sorprendido al ver la resistencia de Juana, y atribuyendo á una influencia extraña su negativa al encubramiento de lord Dudley. Ahora se trata de saber si eran fundadas las sospechas del duque, y al efecto debemos anudar nuestra relacion interrumpida.

En cuanto supo la reina la brusca partida de su esposo, se encerró en su oratorio llena de dolor, para dar libre curso á sus lágrimas. Cuando salió de él, tenia alteradas las facciones; pero su imponente calma, sus maneras y la grave serenidad de su fisonomía revelaban que si habia tomado alguna resolucion, nada bastaría á separarla de ella.

Mandó llamar á los condes de Arundel y de Pembroke, y les declaró en pocas palabras que habia sabido con el mayor disgusto que en el consejo privado habian propuesto elevar á su esposo al rango supremo.



Las tres reinas.

—Eso, añadió, provocaría turbulencias en el reino y pondria en peligro mi gobierno.

—Vuestra Majestad juzga sanamente del estado de las cosas, contestó Pembroke. No dejaria de decirse que elevando á su hijo solo se habia propuesto su propia elevacion.

—Milord, repuso Juana, se diria con razon; pero ya que

—En efecto, lo hemos sabido.

—Os ruego que paseis á verle y le inclineis á que vuelva.

—¿Piensa Vuestra Majestad acceder á sus pretensiones?

—No: le elevaré al rango de su padre; será duque, pero no rey.

—Me atrevo á aconsejar á Vuestra Majestad, observó lord Arundel, que reflexione bien antes de otorgarle esa merced.

—Ya he dicho, señores, que tengo tomado mi partido: haced de modo que lord Dudley vuelva con vosotros; suplicádselo así.

—¡Súplicas! Ordenes son las que convienen á Vuestra Majestad. ¿No es vuestro esposo vuestro primer súbdito? Decidnos pura y sencillamente que venga: dentro de dos horas estará á vuestros pies.

—Mi deseo es que le insteis con empeño á que os siga, y... acordaos de que esta es una orden terminante que os doy.

—¿Y si su gracia se niega con obstinacion?

—En ese caso, señores, me quedará al menos el consuelo de que habré cumplido con mi deber.

—Vuestra Majestad quedará satisfecha, respondió Pembroke: pero nosotros estamos confinados en la Torre y no podemos salir de ella sin un salvoconducto.

—Ahí lo teneis, repuso Juana, después de haber escrito unas cuantas líneas.

—La guardia no lo creará suficiente, si no lo refrenda el duque.

—¿Cómo! exclamó Juana. ¿No soy la reina? ¿No es mi autoridad absoluta en este sitio?

—¡Ah! No señora, en tanto que el duque ejerza sus altas funciones. Sus partidarios se dignan conceder á Vuestra Majestad el titulo de reina, pero consideran como soberano suyo á Northumberland.

—En verdad, milord, que no necesitaba yo de vuestras declaraciones para conocer que sois el mas mortal enemigo del duque.

—Así como el súbdito mas fiel de Vuestra Majestad. Por lo demás, señora, si ese salvoconducto nos basta, confesaré que he juzgado mal á su Gracia.

—Y yo diré, señores, que no he sabido comprenderlos, si mi firma no os hace salir de la Torre. Pongo á vuestra disposicion la barca real.

Llamó, esto dicho, á un ugiar para que les acompañase, y ellos se fueron después de inclinarse profundamente ante la reina.

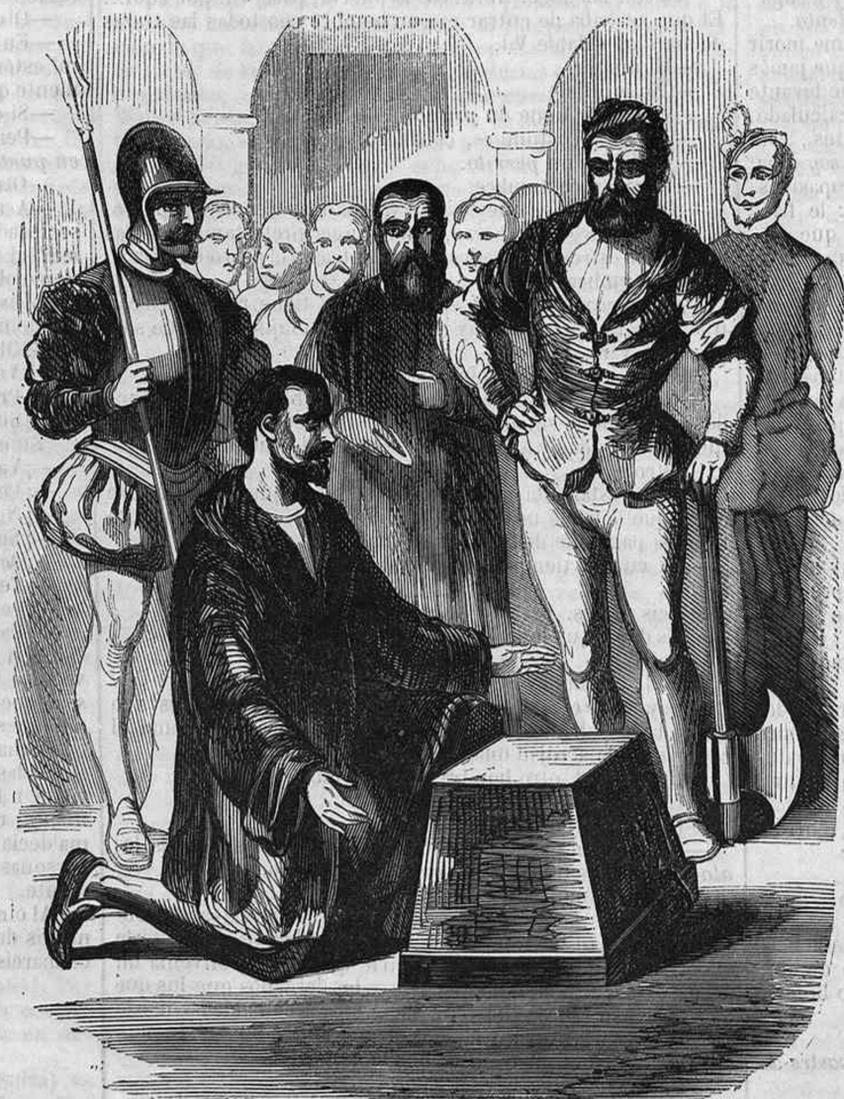
Luego que se vieron solos, dijo Pembroke:

—Acabamos de preparar un conflicto, que solo terminará por la caída del suegro y el destroamiento de la nuera. Simon Renard atizará de tal modo el fuego, que sea imposible apagarlo.

Segun lo habia recelado el conde, de nada les sirvió el salvoconducto, y los dos magnates volvieron al aposento de la reina.

Esta se hallaba entonces empeñada con su suegra en la borrascosa discusion que antes dejamos indicada; pero les dió audiencia, apenas se hubo retirado la duquesa de Northumberland.

—¿Cómo, señores, les dijo, tan pronto aquí!...



Las tres reinas.

opináis así, ¿por qué os habeis pronunciado en favor de esa medida?

—Nadie está obligado á acusarse á sí mismo, respondió Pembroke.

—No; pero todos estamos obligados á hablar con sinceridad. ¿Por qué pues, vuelvo á preguntaros, habeis dado vues-

tro asentimiento á una medida que en vuestro concepto seria peligrosa?

—No quiero disimular; soy enemigo del duque de Northumberland, y esa medida hubiera asegurado su caída.

—Me guardaré bien de acusaros de poco sincero, milord; pero no ignorais que de ese modo tambien era indudable mi destronamiento.

—Soy un súbdito fiel, y verteré hasta la última gota de mi sangre en servicio de Vuestra Majestad; mas nunca podré someterme á la despótica voluntad del duque.

—Y sin embargo, milord, le debeis vuestra dignidad. Sir William Herbert no seria hoy el lord conde de Pembroke sin la intercesion del duque para con mi primo Eduardo VI. Estais demasiado obligado á Northumberland para que os sea permitido declararos su enemigo.

—Yo nada le debo, dijo el conde de Arundel, y no se me puede acusar de ingratitud. Pues bien: me atrevo á decir á Vuestra Majestad que el excesivo poder de ese hombre no tardará en arrastrarlo á su ruina, y con él á todos sus parciales.

—Os agradezco la advertencia, milord.

—Me parece superfluo hacer presente á Vuestra Majestad, cuyo talento es tan universalmente conocido, que del primer acto importante de vuestro reinado dependerá la derrota ó la victoria. Si, señora; si cedéis, todo es perdido: vuestra conducta en esta circunstancia bastará á Northumberland para que tome la medida á vuestro carácter, y será para el trono ó un obsequioso servidor ó un déspota imperioso.

—He tomado ya mi partido, dijo la reina, y en la primera sesion del consejo privado, á la cual asista el duque para esplicarse, y si es preciso, para defenderse, comprendereis de qué modo me propongo obrar respecto á él. Anheló que mi reinado comience y termine pacíficamente; y si ambicionais mi favor, olvidareis las diferencias que os separan de su gracia, y obrareis de concierto conmigo. Espero hacerle ver, afirmando mi autoridad, que en vano intentaria menoscabarla: de este modo volverá á la senda de sus deberes.

—Vuestra Majestad puede contar con el consejo privado.

—No lo dudo, señores. Al presente tratemos del asunto que me ha hecho llamaros. No ignoreis sin duda que lord Guilford Dudley, irritado al ver desvanecidas sus esperanzas, se ha marchado esta mañana á Sion-House.

—En efecto, lo hemos sabido.

—Os ruego que paseis á verle y le inclineis á que vuelva.

—¿Piensa Vuestra Majestad acceder á sus pretensiones?

—No: le elevaré al rango de su padre; será duque, pero no rey.

—Me atrevo á aconsejar á Vuestra Majestad, observó lord Arundel, que reflexione bien antes de otorgarle esa merced.

—Ya he dicho, señores, que tengo tomado mi partido: haced de modo que lord Dudley vuelva con vosotros; suplicádselo así.

—¡Súplicas! Ordenes son las que convienen á Vuestra Majestad. ¿No es vuestro esposo vuestro primer súbdito? Decidnos pura y sencillamente que venga: dentro de dos horas estará á vuestros pies.

—Mi deseo es que le insteis con empeño á que os siga, y... acordaos de que esta es una orden terminante que os doy.

—¿Y si su gracia se niega con obstinacion?

—En ese caso, señores, me quedará al menos el consuelo de que habré cumplido con mi deber.

—Vuestra Majestad quedará satisfecha, respondió Pembroke: pero nosotros estamos confinados en la Torre y no podemos salir de ella sin un salvoconducto.

—Ahí lo teneis, repuso Juana, después de haber escrito unas cuantas líneas.

—La guardia no lo creará suficiente, si no lo refrenda el duque.

—¿Cómo! exclamó Juana. ¿No soy la reina? ¿No es mi autoridad absoluta en este sitio?

—¡Ah! No señora, en tanto que el duque ejerza sus altas funciones. Sus partidarios se dignan conceder á Vuestra Majestad el titulo de reina, pero consideran como soberano suyo á Northumberland.

—En verdad, milord, que no necesitaba yo de vuestras declaraciones para conocer que sois el mas mortal enemigo del duque.

—Así como el súbdito mas fiel de Vuestra Majestad. Por lo demás, señora, si ese salvoconducto nos basta, confesaré que he juzgado mal á su Gracia.

—Y yo diré, señores, que no he sabido comprenderlos, si mi firma no os hace salir de la Torre. Pongo á vuestra disposicion la barca real.

Llamó, esto dicho, á un ugiar para que les acompañase, y ellos se fueron después de inclinarse profundamente ante la reina.

Luego que se vieron solos, dijo Pembroke:

—Acabamos de preparar un conflicto, que solo terminará por la caída del suegro y el destroamiento de la nuera. Simon Renard atizará de tal modo el fuego, que sea imposible apagarlo.

Segun lo habia recelado el conde, de nada les sirvió el salvoconducto, y los dos magnates volvieron al aposento de la reina.

Esta se hallaba entonces empeñada con su suegra en la borrascosa discusion que antes dejamos indicada; pero les dió audiencia, apenas se hubo retirado la duquesa de Northumberland.

—¿Cómo, señores, les dijo, tan pronto aquí!...

—En efecto, lo hemos sabido.

—Os ruego que paseis á verle y le inclineis á que vuelva.

—¿Piensa Vuestra Majestad acceder á sus pretensiones?

—No: le elevaré al rango de su padre; será duque, pero no rey.

—Me atrevo á aconsejar á Vuestra Majestad, observó lord Arundel, que reflexione bien antes de otorgarle esa merced.

—Ya he dicho, señores, que tengo tomado mi partido: haced de modo que lord Dudley vuelva con vosotros; suplicádselo así.

—¡Súplicas! Ordenes son las que convienen á Vuestra Majestad. ¿No es vuestro esposo vuestro primer súbdito? Decidnos pura y sencillamente que venga: dentro de dos horas estará á vuestros pies.

—Mi deseo es que le insteis con empeño á que os siga, y... acordaos de que esta es una orden terminante que os doy.

—¿Y si su gracia se niega con obstinacion?

—En ese caso, señores, me quedará al menos el consuelo de que habré cumplido con mi deber.

—Vuestra Majestad quedará satisfecha, respondió Pembroke: pero nosotros estamos confinados en la Torre y no podemos salir de ella sin un salvoconducto.

—Ahí lo teneis, repuso Juana, después de haber escrito unas cuantas líneas.

—La guardia no lo creará suficiente, si no lo refrenda el duque.

—¿Cómo! exclamó Juana. ¿No soy la reina? ¿No es mi autoridad absoluta en este sitio?

—¡Ah! No señora, en tanto que el duque ejerza sus altas funciones. Sus partidarios se dignan conceder á Vuestra Majestad el titulo de reina, pero consideran como soberano suyo á Northumberland.

—En verdad, milord, que no necesitaba yo de vuestras declaraciones para conocer que sois el mas mortal enemigo del duque.

—Así como el súbdito mas fiel de Vuestra Majestad. Por lo demás, señora, si ese salvoconducto nos basta, confesaré que he juzgado mal á su Gracia.

—Y yo diré, señores, que no he sabido comprenderlos, si mi firma no os hace salir de la Torre. Pongo á vuestra disposicion la barca real.

Llamó, esto dicho, á un ugiar para que les acompañase, y ellos se fueron después de inclinarse profundamente ante la reina.

Luego que se vieron solos, dijo Pembroke:

—Acabamos de preparar un conflicto, que solo terminará por la caída del suegro y el destroamiento de la nuera. Simon Renard atizará de tal modo el fuego, que sea imposible apagarlo.

Segun lo habia recelado el conde, de nada les sirvió el salvoconducto, y los dos magnates volvieron al aposento de la reina.

Esta se hallaba entonces empeñada con su suegra en la borrascosa discusion que antes dejamos indicada; pero les dió audiencia, apenas se hubo retirado la duquesa de Northumberland.

—¿Cómo, señores, les dijo, tan pronto aquí!...

—En efecto, lo hemos sabido.

—Os ruego que paseis á verle y le inclineis á que vuelva.

—¿Piensa Vuestra Majestad acceder á sus pretensiones?

—No: le elevaré al rango de su padre; será duque, pero no rey.

—Me atrevo á aconsejar á Vuestra Majestad, observó lord Arundel, que reflexione bien antes de otorgarle esa merced.

—Ya he dicho, señores, que tengo tomado mi partido: haced de modo que lord Dudley vuelva con vosotros; suplicádselo así.

—¡Súplicas! Ordenes son las que convienen á Vuestra Majestad. ¿No es vuestro esposo vuestro primer súbdito? Decidnos pura y sencillamente que venga: dentro de dos horas estará á vuestros pies.

—Mi deseo es que le insteis con empeño á que os siga, y... acordaos de que esta es una orden terminante que os doy.

—¿Y si su gracia se niega con obstinacion?

—En ese caso, señores, me quedará al menos el consuelo de que habré cumplido con mi deber.

—Vuestra Majestad quedará satisfecha, respondió Pembroke: pero nosotros estamos confinados en la Torre y no podemos salir de ella sin un salvoconducto.

—Ahí lo teneis, repuso Juana, después de haber escrito unas cuantas líneas.

—La guardia no lo creará suficiente, si no lo refrenda el duque.

—¿Cómo! exclamó Juana. ¿No soy la reina? ¿No es mi autoridad absoluta en este sitio?

—¡Ah! No señora, en tanto que el duque ejerza sus altas funciones. Sus partidarios se dignan conceder á Vuestra Majestad el titulo de reina, pero consideran como soberano suyo á Northumberland.

—En verdad, milord, que no necesitaba yo de vuestras declaraciones para conocer que sois el mas mortal enemigo del duque.

—Así como el súbdito mas fiel de Vuestra Majestad. Por lo demás, señora, si ese salvoconducto nos basta, confesaré que he juzgado mal á su Gracia.

—Y yo diré, señores, que no he sabido comprenderlos, si mi firma no os hace salir de la Torre. Pongo á vuestra disposicion la barca real.

Llamó, esto dicho, á un ugiar para que les acompañase, y ellos se fueron después de inclinarse profundamente ante la reina.

Luego que se vieron solos, dijo Pembroke:

—Acabamos de preparar un conflicto, que solo terminará por la caída del suegro y el destroamiento de la nuera. Simon Renard atizará de tal modo el fuego, que sea imposible apagarlo.

Segun lo habia recelado el conde, de nada les sirvió el salvoconducto, y los dos magnates volvieron al aposento de la reina.

Esta se hallaba entonces empeñada con su suegra en la borrascosa discusion que antes dejamos indicada; pero les dió audiencia, apenas se hubo retirado la duquesa de Northumberland.

—¿Cómo, señores, les dijo, tan pronto aquí!...

—En efecto, lo hemos sabido.

—Os ruego que paseis á verle y le inclineis á que vuelva.

—¿Piensa Vuestra Majestad acceder á sus pretensiones?

—No: le elevaré al rango de su padre; será duque, pero no rey.

—Me atrevo á aconsejar á Vuestra Majestad, observó lord Arundel, que reflexione bien antes de otorgarle esa merced.

—Ya he dicho, señores, que tengo tomado mi partido: haced de modo que lord Dudley vuelva con vosotros; suplicádselo así.

—¡Súplicas! Ordenes son las que convienen á Vuestra Majestad. ¿No es vuestro esposo vuestro primer súbdito? Decidnos pura y sencillamente que venga: dentro de dos horas estará á vuestros pies.

—Mi deseo es que le insteis con empeño á que os siga, y... acordaos de que esta es una orden terminante que os doy.

—¿Y si su gracia se niega con obstinacion?

—En ese caso, señores, me quedará al menos el consuelo de que habré cumplido con mi deber.

—Vuestra Majestad quedará satisfecha, respondió Pembroke: pero nosotros estamos confinados en la Torre y no podemos salir de ella sin un salvoconducto.

—Ahí lo teneis, repuso Juana, después de haber escrito unas cuantas líneas.

—La guardia no lo creará suficiente, si no lo refrenda el duque.

—¿Cómo! exclamó Juana. ¿No soy la reina? ¿No es mi autoridad absoluta en este sitio?

—¡Ah! No señora, en tanto que el duque ejerza sus altas funciones. Sus partidarios se dignan conceder á Vuestra Majestad el titulo de reina, pero consideran como soberano suyo á Northumberland.

—En verdad, milord, que no necesitaba yo de vuestras declaraciones para conocer que sois el mas mortal enemigo del duque.

—Así como el súbdito mas fiel de Vuestra Majestad. Por lo demás, señora, si ese salvoconducto nos basta, confesaré que he juzgado mal á su Gracia.

—Y yo diré, señores, que no he sabido comprenderlos, si mi firma no os hace salir de la Torre. Pongo á vuestra disposicion la barca real.

Llamó, esto dicho, á un ugiar para que les acompañase, y ellos se fueron después de inclinarse profundamente ante la reina.

Luego que se vieron solos, dijo Pembroke:

—Acabamos de preparar un conflicto, que solo terminará por la caída del suegro y el destroamiento de la nuera. Simon Renard atizará de tal modo el fuego, que sea imposible apagarlo.

Segun lo habia recelado el conde, de nada les sirvió el salvoconducto, y los dos magnates volvieron al aposento de la reina.

Esta se hallaba entonces empeñada con su suegra en la borrascosa discusion que antes dejamos indicada; pero les dió audiencia, apenas se hubo retirado la duquesa de Northumberland.

—¿Cómo, señores, les dijo, tan pronto aquí!...

—En efecto, lo hemos sabido.

—Os ruego que paseis á verle y le inclineis á que vuelva.

—¿Piensa Vuestra Majestad acceder á sus pretensiones?

—No: le elevaré al rango de su padre; será duque, pero no rey.

—Me atrevo á aconsejar á Vuestra Majestad, observó lord Arundel, que reflexione bien antes de otorgarle esa merced.

—Ya he dicho, señores, que tengo tomado mi partido: haced de modo que lord Dudley vuelva con vosotros; suplicádselo así.

—¡Súplicas! Ordenes son las que convienen á Vuestra Majestad. ¿No es vuestro esposo vuestro primer súbdito? Decidnos pura

—Todo ha sucedido como yo temia, repuso Pembroke. El duque es quien manda aquí.
 —¡Ah! exclamó la reina: héme aquí pues abandonada de mi esposo y espuesta á la humillacion de que sus padres pretendan dominarme... Os pido perdon, señores, pues ahora veo que no me engañabais... Pero ya que me han hecho reina, una reina encontrarán en mí, y mientras ejerza el poder, sabré hacerme respetar. Señores, os cito para mañana al mediodía en el consejo: tambien ordenaré que á él concurra lord Guilford Dudley, y... puede tenerse por desgraciado, si se hace sordo á mi llamamiento.
 —Tenga Vuestra Majestad mucho cuidado con el duque, observó Pembroke: corren rumores de que la muerte del rey Eduardo no ha sido natural. Si Northumberland os mira como un obstáculo, acaso no tenga escrúpulo...
 —Ateneos á mi prudencia, señores... mañana conoceréis mis intenciones, pues cuento con vuestra entera adhesion.
 —En ninguna persona puede Vuestra Majestad colocar mejor su confianza, contestaron los condes.
 Y se retiraron satisfechos.
 —Su exasperacion es completa, murmuró Pembroke: si no se desvanece de aquí á mañana, triunfaremos de Northumberland.

Pero la muger varia...
 ¡Loco el que en ella confia!

Dijo Simon Renard acercándose á ellos, después de haber oido las últimas palabras de Pembroke. Vamos: ponedme al corriente de todo.
 Entonces le refieren todas las particularidades de su conversacion con Juana.
 —Todo va tan perfectamente, como yo pudiera desear, observó Simon; pero es preciso hacer de modo que el duque y su nuera rompan abiertamente, pues de lo contrario nada habremos adelantado. Yo cuidaré de este negocio.
 Hablando así llegaron á una alameda de árboles seculares, situada en el fondo de uno de los grandes patios, y en ella encontraron á M. de Noailles. Allí les informó Simon Renard de las noticias que acababa de recibir, á pesar de las precauciones de Northumberland. De ellas resultaba que el partido de María iba haciéndose temible: por último, se aseguró que pronto estallaria una insurreccion en la capital, pues sus agentes atizaban



Lámina del folletin de LAS NOVEDADES.

sin descanso el fuego, que debía producir una conflagracion general.
 Detuviéronse en un espacio cuadrado inmediato á la capilla de San Pedro, y dijo Pembroke:
 —Aquí se levantaron los patibulos para dos reinas, Ana Bolena y Catalina Howard.
 —Pronto se levantará otro para la tercera, murmuró con sombrío acento Simon Renard.
 Poco después apareció la reina acompañada de lady Hastings y de otras muchas damas, y entró en la capilla, seguida de sus guardias. Simon Renard hizo una seña á sus compañeros, y la siguió.
 Concluido el oficio, y cuando Juana iba á salir, se presentó á ella el embajador de España.
 Juana, después de corresponder á su saludo, le preguntó el motivo de aquella entrevista.
 —Hubiera podido escoger sitio y hora mas convenientes, respondió Renard, para obtener audiencia de vuestra majestad; pero la urgencia de mi comunicacion me obliga á faltar por esta vez á las leyes de la etiqueta.
 —Esplicaos, repuso la reina.
 Una mirada significativa de Simon hizo que Juana se separase algun trecho de su servidumbre, y lady Hastings aprovechó la ocasion para enviar su paje al duque de Northumberland. Las primeras palabras del embajador llamaron toda la atencion de Juana, y su turbacion fué aumentándose por grados hasta un punto indecible.
 La conferencia se prolongaba; la jóven soberana temblaba ante el ascendiente del hábil y astuto diplomático, y los conjurados cambiaban miradas de satisfaccion y de triunfo, cuando de pronto se abrieron con estrépito las puertas de la capilla, en cuyo recinto apareció ardiendo en ira el teniente general del reino.

BELLAS ARTES.

Vamos á hacer algunas observaciones sobre el grabado, y los pensionistas destinados á adquirir los conocimientos mas profundos en el arte de reproducir con el buril las obras artísticas de los dibujantes y las mas notables de los pintores y escultores.
 No acertamos á esplicarnos los motivos que puede haber para pensionar á los grabadores en dulce ó acero y cobre, y escluir á los en relieve ó madera de este beneficio, pues en realidad, si muy decaído se encuen-



Lámina del folletin de LAS NOVEDADES.



Lámina del folletin de LAS NOVEDADES.

tra en España el grabado en madera, lo está infinitamente más el grabado en dulce, con una particularidad muy notable en contra de este, y es, que su decadencia no depende de que no se sepa ejecutar con la maestría que en los países más adelantados que el nuestro en esta materia, sino de la falta de alimen o para sostenerlo; porque no hay propiamente dicho compradores de sus producciones; en tanto que en madera se graba alguna cosa, si bien muy poco, por lo atrasado que se encuentra entre nosotros el estado de la educación elemental.

Tal vez la causa de esta esclusión sea el considerar este ramo de las artes con cierto desden. En este caso no podemos menos de decir que es muy sensible no se fije la atención del gobierno al determinar estas pensiones sobre la importancia del grabado en madera, no solo como objeto de embellecimiento de las publicaciones literarias de todos géneros, sino como medio de estímulo para la educación de la juventud.

Dispuesto como está el que se conceda la protección de las pensiones a las Bellas Artes, debe extenderse esta a su co-hermano el grabado en madera con tanto ó acaso con más motivo que á las otras, puesto que, en Pintura, Escultura, Arquitectura y Grabados en dulce, tenemos artistas que si no son superiores á los más adelantados de otras naciones, están en competencia con ellos, al paso que en el grabado en madera estamos como vulgarmente se dice en *mantillas*, pues este arte es tan difícil de comprender y de ejecutar como cualquiera de los otros. Decimos tan difícil, y lo vamos á demostrar. Grabar en madera no es como generalmente se cree el cortar la según ha indicado el dibujante por medio del lapicero; es menester interpretarlas; es necesario que el grabador empape su imaginación en el espíritu del artista primitivo. Este grabado tiene en su carácter especial que es el de croquis y dibujo de efecto un claro oscuro más marcado que el del acabado que es esclusivo del cobre y el acero. No tiene ni puede tener estilo, pues el quererle dar sería sacarlo de su quicio; es necesario conservar el carácter del artista que ha hecho el dibujo: solo le es permitido al grabador dar á las líneas la *regularidad irregular* que solo es asequible para el buril de muy pocos dibujantes: en las obras de estos queda mucho que estudiar al grabador, pues el lapicero con un mismo grueso de líneas produce una porción de tonos, al paso que en el grabado hay que calcular el grueso y la distancia de aquellas para obtener el resultado que se desea, además del aumento que han experimentado al recibir la tinta, cuyas dos circunstancias son el eco lo en que han tropezado y con que han luchado siempre los grandes artistas en este género.

El gobierno de S. M. debe tener presente que toda la protección que dispense al grabado en madera, redundará en beneficio de las Bellas Artes todas, porque es el que más circula en todas las clases de la sociedad, y porque tiene que desempeñar una misión muy importante, cual es la de presentar á la vista y con la oportunidad y acierto que exige la civilización las escenas y los tipos más interesantes.

Para estimular á los artistas y elevar el grabado á la altura que le corresponde, el gobierno debe abrir concurso para pensionar á quien lo merezca en el grabado en madera, y no mirar este ramo de las artes con la indiferencia que hasta aquí.

En España se graba aun más de lo que era de esperar atendido el estado de atraso en que este arte se encuentra entre nosotros. Solo el estímulo puede sacarlo de su estado actual, haciendo que el que lo ejecuta sea verdadero artista, y sacándole de la esfera de simple obrero que, sin amor al arte solo calcula que la obra produce.

Solamente en trabajos de premura, que son los de actualidad, como sucede con los periódicos de noticias con ilustraciones permiten hasta cierto punto libertad al grabador; pero aun en este caso, es menester que este sea verdadero artista, porque esta libertad necesita emplearla con mucho tino; pues si bien le es permitido hacer un trabajo largo y franco, es indispensable que no aparezca grosero, sino en grandes rasgos que hagan ver los conocimientos del artista, que aun en medio de la premura sabe dar á su trabajo el tipo justo y conforme con la momentaneidad de las noticias á que se da publicidad.

En consecuencia llamamos con insistencia la atención del gobierno para que en las susodichas pensiones, de ningún modo se escluya á los grabadores en madera, so pena de seguir cometiendo una injusticia con gravísimo perjuicio para las artes todas.

PEREGRINACION Á ALBACETE Y LAS BATUECAS.

(Conclusion.)

Repruebo la conducta de los escritores de costumbres y viajeros que describen casi fantásticamente los pueblos por donde pasan; defecto de que adolecen en especialidad los franceses; diganlo si no Dumas y otros muchos. Se desentienden de lo que ven, y nos pintan á los españoles tocando la vihuela delante de la reja del cuarto bajo en que espera la novia para *pelar la pava* por las noches; á las mugeres de la clase baja y aun á las señoras con el puñal en la liga; á las primeras tertulias de la corte con baile de contradanza, jota y fandango. Hay viandante que sin salir de la frontera se coge cualquiera colección de viajes, y afirma que los españoles son acometidos de la tos, ó son tartamudos, porque observó esto en algún compañero de coche; y que en el Prado de Madrid no pasean sino manolitas, con su *figarito*. Estos errores y mentiras en boca de literatos de reputación europea, deben interpretarse por mala intención, pues no debe suponerse ignorancia. No es lo mismo cuando el que relata ha visto y experimentado lo bueno y malo de un país, y lo manifiesta al público, no por deseo de satirizar ni menos saber, sino con el de que se reforme y mejore cuanto sea factible, por más que sea doloroso expresarlo hablando de nuestra nación; pero es peor que los extranjeros tengan motivos para ponerlos de relieve.

En el artículo anterior llegué á la descripción de la famosa feria que se celebra en Albacete á principios de setiembre. La escena es en 1852. Se anunciaba que el día 7 á las diez de la mañana se inauguraba con solemnidad hallándose pre-

sente el gobernador de la provincia, con asistencia de la tropa de la guarnición y de la música de aficionados, amen de mucha gente. Corri presuroso á ver la ceremonia, y no vi más que á un alguacil que á la hora designada abría la puerta principal del recinto en que tiene lugar la feria: el público no tuvo la honra de concurrir: primer chasco. Había oído que durante la feria reinaba grande animación por las calles de la villa y que estaban muy frecuentadas. En efecto, lo estaban por *tios* de zarzuelles y alpargatas y ni aun, y no faltaba una estrepitosa música de carros de violín y tartanas con muchas de colleras: segundo chasco. Me habían ponderado los espectáculos y diversiones de esta temporada. Yo he disfrutado de todo: hubo dos corridas de toros, que para baldón de España todavía subsisten en nuestras costumbres, y se van imitando en Francia y Bélgica, porque lo malo cuando presto, aunque allá son más ll-vaderas. Hubo figuras de movimiento á dos cuartos la entrada, con lo cual bastante hemos hablado. Hubo cosmorama con varias vistas, una de ellas presentaba este rótulo: *entrega de unos quantos Miles de on Vres hal gueneral napoleon por ney quando Bobbió d. la lista de helva*: tercer chasco. La feria no solo es de ganados, sino de toda clase de géneros, trastos, dijes y cachivaches, que son colocados en unos puestos construidos expresos á modo de nichos dentro de un recinto que se compone de dos locales. El primero es un cuadrilongo al aire libre por el centro en toda su prolongación; á los dos lados están los anaques y los tendajos; al frente la fachada principal, que es una de las entradas; en el extremo opuesto, promediando un campo, una salida para el otro departamento, el cual consiste en un inmenso redondel con tiendas también en la circunferencia, y el espacio ó área que forma sirve de paseo á las tardes mientras dura la feria. Este edificio se asemeja un poco á un ceneritero; los puestos y estanterías se parecen á lucillos; por lo angostos y oscuros son á propósito para lonjas de comerciantes. En estos días brilla en aquel circo lo más notable y selecto de la Mancha. Lástima que no se haya ocurrido á cualquiera señor congejal la idea de hacer un anden ó pasillo enarenado y apisonado, pues el suelo donde se pasea es desigual y está lleno de polvo, que se convierte en fango cuando lo riegan; sin duda se quiere imitar en esto á la capital del reino. En el sitio de la feria, en las afueras de la población, no se oye una guitarra, una canción, un baile, ni de día ni de noche. Los elegantes de ambos sexos, los forasteros, los mercaderes, los traginantes, los curiosos, se retiran al oscurecer: cada uno se va á su retrete y todo se queda como siempre: ni una tertulia, ni un sarao, ni un concierto, ni un teatro; nada que indique trato, amabilidad, civilización. Tampoco viene á las mentes de la corporación municipal llamar la orquesta de Chinchilla para que toque y divierta en las horas del paseo, gasto insignificante para quien se cobra de cuarenta á cincuenta mil reales con motivo de la feria y por razón de varios impuestos que suelen arrendarse por esa cantidad.

Las ferias van perdiendo su importancia y objeto á medida que los pueblos se relacionan, acercan y confunden. Celebraciones fueron las de Medina del Campo por los siglos XV y XVI y antes; allí hacían gran negocio los *genoveses*, de quienes tanto se burló Quevedo. Fué sino de nuestra patria ser explotada y estafada por agiotistas italianos, cuando no eran flamencos.

El gobierno no sabe que Albacete es un punto muy propio para un presidio correccional y también para confinamiento; y si hubiese allí guarnición militar fija, podría competir con Ceuta. Se dice que la audiencia será pronto suprimida: en verdad que ya debió haberlo sido, ó mejor, nunca debió establecerse allí, pues mitad de la provincia de Albacete y de la de Cuenca deben corresponder á Valencia, lo mismo que toda la de Murcia, la otra mitad de aquellas, la parte occidental, á Madrid. Igualmente se asegura quedará suprimida esa provincia en el nuevo llamado arreglo por una figura retórica. En las inmediaciones de Albacete se ve un *cañal* denominado de Carlos IV, en cuyo reinado empezó su construcción; ahora se conoce con el nombre de María Cristina. Está seco, y vacío como bolsillo de perdidoso. En los andenes laterales hay árboles cuyas hojas impregnadas de polvo ofrecen el aspecto de un país nevado. Siguiendo la dirección del canal, á media legua se encuentran algunas sangrías de agua ó acequias, y á otra tanta distancia está el *vivero*, donde se toman baños por el estío, siempre con la duda de si es para lavarse ó ensuciarse cada cual, en cuyo punto llevar ventaja á ciertos establecimientos que con un objeto igual existen en la coronada villa.

Como quiera que sea, la feria de Albacete es una de las mejores de España, atendido el tráfico que se hace, el dinero que circula y lo mucho que da que hablar seis meses antes y seis meses después. De algunos años acá empieza á decaer, y presumo que concluido el ferrocarril de Madrid á Valencia, escusada será la concurrencia de mercancía y baratijas estando la corte á cuatro horas y aquella ciudad á tres. Sin embargo, se podrá sostener la feria de ganados, pues el asnal es lo más remarcable que he visto en toda la Mancha, por su fuerza, corpulencia y hermosura.

El camino de hierro ofrece campo á diversas conjeturas y opiniones. Unos piensan que proporcionará abundante extracción de cereales, que Albacete será un depósito y un emporio, y por consecuencia progresará sobremedera. Otros juzgan que será una calamidad para Albacete; que Villarrobledo se engrandecerá; que los trigos de otros lugares obtendrán preferencia, porque los jornales son más baratos. A mí me parece que como pueblo poco ó nada adelantará Albacete. Una vez suprimidas la audiencia y la capitalidad, ó cuando menos la última, los viajeros no se detendrán allí, pues no hay motivo; solo los que vayan á un negocio; los habitantes se proveerán de todo lo necesario en el litoral ó en la corte, y Albacete con alguna mas venta de granos y con una estación en las afueras, será poco diferente como población de una aldea, como lo fué desde que figura en el mapa.

Nada tiene de particular cuanto va enunciado en este y en el anterior artículo. En la mayor parte de España se pasa una vida monótona, ignorante, estúpida. En vano sería buscar un museo, una biblioteca: hay capital de provincia donde con suma dificultad se halla una guía de forasteros, un ejemplar de la Constitución. Ciudades que se tienen por importantes, plazas fuertes de alguna consideración en que á las diez de la

noche están apagados los faroles, y el prójimo que se des-cuida, tiene que encender una linterna y hacer de sereno; por supuesto no se hable de empedrado, de averas, de buena agua potable, de periódicos, etc. etc. No faltan autoridades que debiendo fomentar los intereses públicos, fomentan los suyos propios; al fin todo es fomentar. Antiguo jefe político he conocido que con los libros de convento de su provincia se hizo una magnífica librería particular. No es nuevo oír de ciertas personas, que se van apoderando de las obras que de la ley de 1847 sobre la propiedad literaria, en virtud bieran ocupar su puesto en la Biblioteca Nacional, en virtud taria y con las mejoras ejecutadas por espíritu de egoísmo; mas aun no hemos llegado á tanto.

Añádase á esto que en España se supone que el viajante debe dejarse robar y desollar impunemente, y debe pagar y callar cuando en León le sirvan una comita tan atroz é in- manducable que ni el más acerado marmurador pueda linear el diente: cuando en Palencia haya un tío Pampín (era en 1848) que exija lo mismo al que come cuanto quiere á la mesa redonda, como al que solo se toma un vaso de agua, ó una taza de té: cuando aquí pongan unos manteles más negros que cortina de carbonera; cuando allá las viandas tengan la sustancia de sebo y todo lo demás. El código penal debería intercalar otra pena:—viajar por España no siendo por las provincias Vascongadas y otros pueblos exceptuados. Ya que pretendemos indagar lo que sucede en la China y en la Nueva-Holanda, no será intempestivo saber lo que se verifica en nuestra casa, pues que puede reportarnos una utilidad práctica.

El verdadero patriotismo no consiste en ocultar los vicios y defectos y cooperar á su perpetuación, sino en presentarlos de bulto y procurar del modo posible el remedio. La crítica y el ridículo son conducentes, mucho más en mano de quien no puede emplear otros de superior eficacia.

Los ferro-carriles en España, además de las ventajas de cualquiera otro país, nos brindan con las siguientes: librarnos de mulas de alquiler; mozos de ídem; ventas donde uno está vendido; posadas donde con tanta incomodidad se posa; galeas aceleradas (por burla ó autifrasis); diligencias con mas dilaciones que si fuesen de escribano; ladrones, que no escasean de varia índole, y otros perances.

Criticópolis, agosto 30 1853.

JUAN DE LA ENCINA.

EL TALENTO.

Tantos filósofos y tantos hombres eminentes han escrito y hablado acerca de la materia del epígrafe, que parecerá temeridad tomarla como asunto de un escrito pequeño y ligero como el presente. Pero yo no me propongo examinar las potencias del alma, en el terreno de la psicología ni en ningún otro de la filosofía, por más que en la actualidad se habla siempre de filosofía, y especialmente de lógica, cuando precisamente tan poco se estudian y se saben, y cuando tan poca falta hacen en la sociedad en que vivimos: por consiguiente trataré del talento, bajo el aspecto social; lo que no dejará de ofrecer observaciones curiosas. No tengo noticia de que se haya defendido con exactitud el talento. Puede ser que ya lo esté, y que yo no lo sepa, cosa sumamente fácil. No quiero incurrir en el defecto de los que censuran como exóticos ó impropios varios términos castellanos de que no tenían conocimiento alguno. Tampoco perderemos mucho aun cuando no sepamos lo que sea el talento; que no es la primer cosa que se pronuncia por todo el mundo y que nadie la comprende, ó que cada uno comprende á su manera, ó que á fuerza de repetirla sigue confundiendo y embrollando todo.

La generalidad conviene en que el talento es natural y no adquirido; no falta quien lo niegue, porque para todo hay gente dispuesta, y porque pocas cosas hay que no tengan vuelta ó contestación.

Ordinariamente las mugeres suponen de gran talento al hombre que sabe lisonjearlas, que se insinúa hábilmente en su corazón, en una palabra, que es amable y obsequioso, y también elegante. Esto podrá ser verdad; podrá asimismo ser mentira. Un carácter así podrá no ser sino un petimetre alfeñicado, cuya cabeza esté mas vacía que una calabaza sin médula. Podrá reducirse todo su talento á ciertas espresiones almiaradas y de ordenanza, dirigidas á las bellas entre quienes pasa su vida, cual mariposa entre las flores; y á determinados movimientos, á guisa de automática. Sin embargo ha tenido la suerte de inspirar amor á una señorita de una educación brillante (de sendos pesos de dote) ó hija de un alto funcionario; la pasión se aumenta en los dos enamorados, y escusado es preguntar en qué parará todo esto: por de pronto, va á parar en que los novios solteros se convierten en novios casados; que el pisaverde que estaba debiendo cuatro meses de posada, la ropa que llevaba puesta al sastrer, *et sic de ceteris*, de la noche á la mañana aparece paseando en carruaje, ó cuando menos en un lujoso caballo propio, frecuentando los teatros y dándose gran tono: ítem con un empleo en un ministerio ó embajada en atención á haber perdido varios cursos y salido reprobado en otros, durante su carrera universitaria, y á haber estado por espacio de algunos años haciendo el virote por las calles de esta coronada villa: ó si no, sienta plaza de contratista ó empresario, ó de cualquier otro modo que se proporcione cuantiosas ganancias, porque en este siglo de los caminos de hierro, lo que da más dinero da más honor; y si bien no es siglo de oro de los poetas, es el siglo de oro de los prosistas; y se adora lo mismo al becerro de oro como los israelitas, que al oro de un becerro; de suerte que es á un tiempo siglo del oro, de la plata y del hierro; debiendo por tanto llamarse el siglo del metal.

Surge ahora la cuestión: ¿este sujeto tiene talento ó no le tiene? El ha sabido hacer su suerte; él ha conquistado una posición social, adonde no llegaría nunca siguiendo otro rumbo; él vive contento y dichoso. Verdad es que no sabe quién venció á los persas, ni lo que hicieron los romanos ni los godos. Verdad es que no sabe los secretos y las maravillas de la tierra y de los aires y del cielo, sino que desentendiéndose del sentimiento de la gloria, trata de gozar de las comodidades y ventajas de la buena vida, y da pruebas de un talento sobresaliente en su género.

Veamos un tipo enteramente opuesto. Es un hombre con-

tinuamente dedicado al estudio. Si tiene la desgracia de vivir en un pueblo pequeño, pasar por el predicamento de filósofo y extravagante, porque no es majadero y necio como los demás, y porque es indudable que llama loco al que no hace las lecciones de los demás, según decía Figaro. Si vive en población grande, menos mal, pues que en ellas cada uno tiene mas libertad para vivir como le parezca mejor, sin que nada le llame la atención; pero con todo eso no hará fortuna. El tiempo que debiera ocupar en adquirir buenas relaciones y hacerse amigos, lo gasta en investigaciones científicas; y cuando llega una ocasión, se encuentra sin protector y es siempre postergado. Sus trabajos literarios no le ofrecen quizá recursos ni porvenir, sobre todo si pertenece á una de esas clases ó profesiones que tanto abundan y sobran en las naciones civilizadas, especialmente en España: v. gr. abogados, médicos, poetas, literatos simples; en que es preciso ser una notabilidad para hacer su suerte, á pesar de que muchos la han hecho sin hallarse en este caso, ni aun en el grado inmediato en la escala descendente; pues en todas las cosas humanas hay aquello de «afortuna te dé Dios.» Escribe el hombre algunos artículos para algún periódico; no quiere admitirlos, y si los admiten es gratis y haciéndolo como mucho favor. Da á luz una obra, si es que puede darla; no reúne cincuenta suscripciones, aun después de valerse de avisos, recomendaciones y de poner en compromiso á sus amigos y parientes. Se fastidia, se aburre, abandona las ciencias y la literatura, se mete en la política, ocurre un acontecimiento importante, escribe en la prensa, ó habla en la tribuna contra alguna injusticia, siguiendo las inspiraciones de su conciencia; y en vez de ponerse en buen lugar y conseguir alguna prebenda, le persiguen y anonadan. Reniega de la política, y se hace socialista; estruja su talento discutiendo planes y sistemas con que pueda hacer feliz á la especie humana, haciendo primero á sí mismo, y se consuela un tanto esperando la época en que la tierra se convertirá en un eden, ó en que sucederá lo que en la famosa ciudad, donde los montes eran de manteca, los ríos de leche, etc., de lo cual vamos alejándonos mas y mas, si hemos de juzgar por el egoísmo mezquino y el sibilantismo refinado que va introduciéndose y aumentando en los países mas cultos y adelantados: viniendo á suceder que ahora se predica mucho la caridad, y es cuando hay menos; se preconiza á voz en grito la fraternidad, y es cuando se mira á los demás como instrumentos del propio engrandecimiento, y cuando solo se prestan servicios por una correspondencia recíproca, celebrando siempre el contrato inominado de *do ut des, facio ut facias* etc. Mientras que el hombre lleno de ciencia y de erudición se da á las maldrastas, ó á los demonios, que todo es uno; se ve acosado por el zapatero, por la lavandera, por el ladrón, digo, usurero, que quieren cobrarse respectivamente lo que se les debe; y mientras que lanza anatemas contra las leyes y la sociedad y las costumbres y la injusticia de los gobernantes, que es punto menos que disparar tiros á las nubes, ó que pretender un destino sin influjo eficaz.

No obstante, gloria eterna á esos ingenios privilegiados, que elevándose sobre todo cuanto les rodea, sorprenden los arcanos de la naturaleza y los entregan á la admiración del mundo que los contemplan. Faros inmensos de luz, que alumbran al género humano en medio del Océano de errores que le ofuscan!...

No hay duda que este talento, cuando es ayudado de la fortuna, es el patrimonio mas brillante y envidiable. Halagar sus instintos de saber; granjearse con sus obras y meditaciones un renombre; aparecer en primer término en la república de la inteligencia, y disponer de inmensas riquezas acumuladas con el producto de su cabeza, debe de ser la satisfacción mas grande, el amor propio mas respetable, el orgullo mas sublime que puede imaginarse.

Cierto que se han visto por desgracia genios descolantes, escritores incomparables, sufrir largos infortunios, perecer en una cárcel, en un hospital, ó en medio de la calle, desamparados y hambrientos. La historia nos presenta en todos siglos ejemplos de semejantes ingratitudes y desventuras. Pero por otra parte, ¿no estamos viendo hoy en día, en esa capital que se llama la menor Atenas, un gran número de personajes que sin mas antecedentes que su talento y su laboriosidad han llegado á grande altura, y habitan en magníficos palacios, y disfrutan del bienestar y del lujo de unos potentados, y son tenidos como los primeros literatos de Europa, y sus obras corren todos los ángulos del mundo civilizado? Esos mismos que no hace mucho, siendo jóvenes, vagaban de una á otra parte, sin destino fijo, sin porvenir, sin esperanza, arrastrados por esa inspiración impulsiva y poderosa, que es el rasgo característico del genio naciente que contrasta todas las dificultades y obstáculos, que se oponen á sus profundos designios. Estas reflexiones evocan otros in tanto desconsoladoras. El talento tiene que experimentar la influencia de las circunstancias que le rodean, de la atmósfera en que se desarrolla y se robustece. ¿Cuántos talentos han llegado en España al punto á que debieran, independientemente de la política? ¿Qué diferencia tan notable no existe respecto de este particular entre París y Madrid!

Conociendo que esta diferencia se va aumentando mas cada día, ora porque hay causas que son irremediables, ora porque con las que pudieran remediarse no se procura hacerlo, se me antoja estender aquí un proyecto de decreto ó lámina como se quiera, con sus correspondientes considerandos á modo de documento diplomático ó sentencia judicial motivada.

Considerando que la lengua castellana va desnaturalizándose y perdiéndose en la Península, dando esto á entender que ya no queremos hablarla, que nos va cansando, y como una muger casada de su marido ó vice-versa, y siendo el idioma francés el que está mas en boga desde hace mucho, será conveniente olvidar y prohibir la lengua española ó castellana, quedando solo como un monumento y prueba de que ha existido. Queda el síde luego como lengua oficial y generalizada para todos los usos y efectos la francesa: con lo que nos aproximamos á un lenguaje universal, que reportaría incalculables ventajas; y con lo que nos salimos de esta confusión y barandana que tuvo origen en la torre de Babel, y por cuyo castigo ya lleva el género humano bastantes centurias de diversidad de dialectos y jergas.

Considerando que ningún extranjero ha tenido la humo-

rada de escribir la historia general de nuestra nación, ni las particulares, ya de su legislación y de varios periodos y reinados mas importantes de ella; ya tambien acerca de las costumbres españolas y otras bagatelas por el estilo, es necesario nombrar comisiones de franceses é ingleses que se encarguen de escribir todas esas obras, pudiendo después valerse de los traductores que gusten, para ponerlas en español, quedando en seguida archivado el único ejemplar que de ellas se saque.

Considerando que hay en la corte pocas librerías francesas en las que no se ve un libro en castellano, y siendo indispensable que se abran mas establecimientos de aquella clase, se mandará venir de París unos cincuenta libreros con sus conducentes mamotretos, libros y libretos para que puedan surtir con mas facilidad y prontitud las demandas de los aficionados á la lectura: debiendo por consiguiente cerrarse las librerías que en la actualidad despachan obras españolas, aunque sean traducciones.

Habiendo entre nosotros tantos novelistas, y viniendo todos los dias los periódicos de política y los no de política, atestados de novelas españolas, y no insertando nunca una francesa é inglesa ni aun por via de acepción, debe prohibirse un desprecio tan marcado y una preferencia tan excesiva como damos á nuestras costumbres, y mandarse que de aquí en adelante los folletines de todos los periódicos habidos y por haber, no contengan sino novelas extranjeras, por ejemplo las de Dumas, Eugenio Sue, y alguna que otra de Paul de Kock; con la advertencia consabida de que tienen que estar en francés ó inglés, ó en otra cualquier lengua en que se hayan escrito originalmente; para que aparezcan traducidas al castellano se quiere una gracia especial.

Considerando que nosotros hablamos el castellano porque tenemos lengua y gozamos este privilegio, así como andamos porque tenemos piernas, esto es, que siendo inútil malgastar el tiempo en aprender á hablar correctamente, luego que se declare el francés ser la lengua legal etc., se concluirán todas las cátedras que al presente existen de esta asignatura, pues es mejor ir aprendiendo á fuerza de uso y de práctica, que al fin con hablar con mas ó menos propiedad y retórica nada se adelanta.

Estas reformas no pueden acarrear nos ningún perjuicio, puesto que si bien parece que la introducción de una lengua extranjera debe de perjudicar á nuestra nacionalidad, en cambio no admitimos nada de lo que hay alféndel Pirineo: así es que en materia de leyes de administración, de hacienda, de planes de estudio, de modas, de artefactos de todas calidades y figuras y en otras mil baratijas, no vamos á mendigar á ninguna parte, sino que todo es nacional, de nuestra propia cosecha, lo mismo que los vinos de Jerez y de Rueda. En virtud pues de estas convincentes razones, se decreta lo siguiente:

Art. 1.º Desde hoy en adelante se prohíbe el uso de la lengua castellana en la Península, en las islas adyacentes y en los dominios de Ultramar.

Art. 2.º Todos los que actualmente posean esta lengua, la olvidarán dentro del improrogable término de dos años, contados desde esta fecha; los que contravengan á esta disposición, quedarán sujetos á los procedimientos y á la responsabilidad que se especificarán en un reglamento.

Art. 3.º Todas las obras escritas en castellano, incluidas las traducidas, serán recogidas y llevadas al archivo de Simancas, donde permanecerán hasta la consumación de los siglos ó la del archivo.

Art. 4.º La lengua española será reemplazada por la francesa, para todos los usos oficiales, científicos y de la vida común.

Art. 5.º Se prohíben librerías en que se vendan libros en castellano.

Art. 6.º Los periódicos no podrán insertar novelas de asuntos españoles, aunque estén escritas en otra lengua.

Art. 7.º No se permite enseñar la gramática lengua declarada nacional.

Art. 8.º Quedan abolidas todas las anteriores disposiciones contrarias á la presente.

Madrid, marzo 10, 1853.

ANTOLIN ESPERON.

UNA VENGANZA.

(Conclusion.)

Atravesaban su mente los pensamientos salvajes cual unos relámpagos lúgubres; luego llegaba el amor de la vida, el último que nos es fiel, de esta vida que á veces jugamos con tanto abandono, y por cuya conservación solemos cometer tantas debilidades y bajezas. Entre esos sentimientos encontrados, el espíritu de madama de Thoiry fluctuaba incierto é irresoluto, y permaneció absorta en meditaciones cuyo curso cambiaba á cada minuto.

De vez en cuando Bossange se acercaba en la oscuridad al alcance de la vista, y miraba aquella muger, unas veces con ojos de odio y otras con ojos de amor.

Así trascurrió el dia, largo, triste y silencioso, abrumante para todos los actores de aquel drama. Había llegado la noche, y Bossange, cuya fiebre le abrasaba el cerebro, queriendo acelerar un desenlace feliz ó fatal, se acercó á madama de Thoiry y le dijo:

— Señora, ¿habeis hecho vuestras reflexiones?

Madama de Thoiry iba á abrir la boca para responder, cuando se levantó Catish con ojos azorados, y señalando con el dedo la puerta misteriosa, dijo:

— ¡Ruido! ¿no oyes ruido?

En efecto, allá á lo lejos se oía un ruido sordo como el de unos azadonazos. Aquel ruido acabó de turbar el cerebro de Bossange, al paso que reanimaba las fuerzas de madama de Thoiry y fijaba sus resoluciones. Clavando en Enrique una mirada clara como la de la pantera herida, exclamó:

— Sí, señor conde, tengo hechas mis reflexiones. Soy lo que era ayer antes que fueseis á arrebatarle de mi cama por la noche como un ladrón. Estoy inalterable, pronta á caer bajo vuestros golpes si preciso es; pero, á lo menos, segura de hallar un vengador que no faltará á su deber, que no vacilará en aceptar la herencia de la sangre derramada.

En ese momento resonó en el subterráneo ruido de pasos y de voces que se acercaban por instantes.

— Pues bien, señora, ¡entonces sed maldita y morid! Y pronunciadas estas palabras con sorda voz, Bossange sacó convulsivamente un puñal y lo clavó en la joven señora, saltando la sangre á las manos y la cara del conde. Madama de Thoiry dió un grito y cayó.

Espantado del asesinato que acababa de cometer, Bossange huyó á través de la caverna tropezando á cada paso contra todas aquellas cristalizaciones, y sin duda se habría estraviado ó caído en alguna sima, si Catish no le hubiese agarrado y conducido tras de ella.

Salieron juntos de la gruta, y llegaron al castillo de Viana. Allí acometió al conde una fiebre delirante; su imaginación le ponía sin cesar ante los ojos aquella joven herida por él, y veía sus manos tintas de sangre caliente. Apoderáronse de su alma los remordimientos; pero por fortuna Catish no le permitía de vista, pues sin eso se habría castigado por su propia mano el crimen que un momento de rabia le hiciera cometer.

Al grito dado por la joven señora al caer, redobló la rapidez de los pasos que oyerá la gitana en el subterráneo, y al cabo de un instante madama de Thoiry, sangrando y demayada, se hallaba en los brazos de su hermano que la conducía hácia el castillo.

Hé aquí lo que había sucedido:

Ardiente en sus investigaciones, Aglae registraba de nuevo la bodega después de haberla registrado ya muchas veces, solo que, habiendo llegado la noche, había concebido la idea de auxiliarse de la luz para examinar y sondar mejor todos los intersticios. Al suceder la arena con sus pies, percibió un objeto brillante que parecía incrustado en el suelo, y habiéndolo recogido, reconoció un sortija que Mad. de Thoiry estimaba mucho y llevaba en el dedo el dia del fatal acontecimiento. Guiada por ese primer indicio, golpeó el suelo con un palo que tenía en la mano, y el suelo despidió un sonido ócneavo. Entonces ya no cabía duda: una segunda cueva se abría bajo la primera y conducía á regiones desconocidas. Al punto bajaron con todos los instrumentos necesarios; se levantó la baldosa que tapaba la salida misteriosa por donde había pasado la víspera la venganza de Bossange, y siguiendo aquel subterráneo, se debían hallar sobre las huellas de la verdad.

El marqués de Aranza bajó el primero al subterráneo, pero con precaución y como un hombre que explora un país desconocido. El grito dado por su hermana herida por el puñal no dejaba ninguna duda: el marqués se precipitó al encuentro de su enemigo; pero llegó tarde.

Sin embargo, Mad. de Thoiry solo estaba herida, y los médicos llamados inmediatamente declararon que su herida no presentaba un peligro grave. Aglae velaba al lado de su ama, y ponía en su dedo la sortija á que la hermana del marqués de Aranza debía su salvación.

VIII.

CATÁSTROFE.

Los árboles estaban completamente despojados de sus hojas, cuando Mad. de Thoiry entró en convalecencia. La hoja del puñal había penetrado muy adentro, y pasó mucho tiempo antes que se cerrara y cicatrizara completamente la herida. En el país no había tenido eco aquella venganza; y como no se había dado ninguna queja, la justicia legal ignoró lo que había pasado, ó á lo menos no hizo ninguna diligencia.

Cuando el marqués trató de averiguar el paradero del conde de Bossange, nadie pudo darle noticia. Los criados enviados en su descubrimiento volvieron contando solamente las noticias vagas de los que le habían visto pasar precipitadamente la frontera; pero del otro lado de los Pirineos no hallaron una huella mas segura del conde.

Entre tanto esas emociones habían amortiguado en el marqués de Aranza el ardor militante de su raza. Estando para ser padre, comprendía que suele ser duro el dejar á sus hijos una herencia de sangre, y por eso, á pesar de su repugnancia personal, se había decidido á fijarse por algunos años en París con su hermana, y solo aguardaba el restablecimiento completo de Mad. de Thoiry para ponerse en camino.

Por último, llegó ese momento apetecido. En una hermosa mañana de noviembre el marqués de Aranza y su joven esposa, Mad. de Thoiry y su doncella Aglae dejaron aquellos lugares que les amenazaban con un porvenir terrible.

A veces la naturaleza se complace en contrastes extraños. Aunque de las ramas de los árboles de los grandes bosques solo pendían hojas amarillentas, y el suelo estaba cubierto de ellas, el sol resplandecía con tanto brillo y daba á la colina, al valle y á la llanura tal aire de fiesta, que, á pesar de la estación, cualquiera se habría creído en los mejores dias del año. Convaleciente como estaba, Mad. de Thoiry gozaba mas que todos de esos últimos calores que nuestros aldeanos llaman en su lenguaje pintoresco el *veranillo de San Martin*; gozaba con avidez de esos esplendores del otoño próximo á ceder el puesto al invierno; hacia detener el coche, é iba á pié por los senderos cubiertos de hojas. Ama uno esos despojos de un año que se va; los pisa con melancólica delicia, y les da todos sus pesares, porque después de ellos sabe que no hay mas que el invierno sombrío y frío. Mad. de Thoiry se estaba abriendo ante aquellos paisajes de otoño tan calientes aun y tan coloreados; contemplaba trasportada el oca del sol y los vapores que se elevan de las aguas con el crepúsculo, y ante esos grandes espectáculos su alma volaba, á pesar suyo, hácia las regiones superiores.

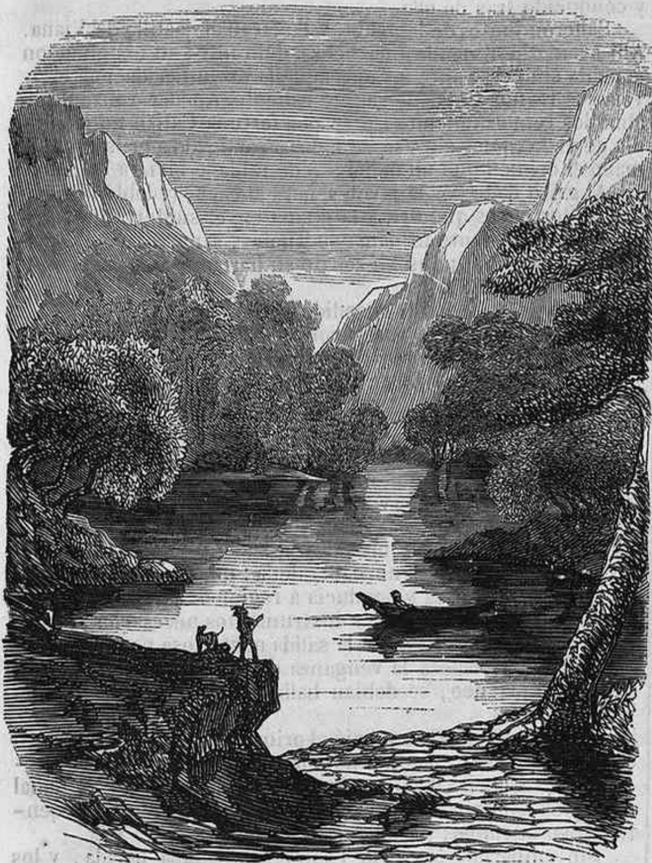
En ese momento, el carruaje descendía lentamente una cuesta rápida, bordada á la izquierda de un torrente escarpado, y á la derecha de precipicios espantosos. El marqués iba hablando con su joven esposa, cuando un hombre, salido como un espectro de entre las rocas, arranca un mismo grito á todos los pechos:

— ¡El conde!

— ¡Sí, yo soy!—respondió Bossange que había oído esa exclamación.—Yo soy, que herido por vos, madama de Thoiry, en el corazón, no tengo fuerzas mas que para la venganza. La he preparado lentamente; su hora ha llegado, y vais á morir.

Al mismo tiempo resonó un tiro que hirió á uno de los caballos en la grupa. Furioso este por el dolor, se desboca, arrastra á su compañero, y á pesar de los esfuerzos del pos-

tilion para sujetarle, se precipita en las barrancas. Afortunadamente se rompen los tiros, y solo queda enganchado un caballo. El postillon salta a tierra y se esfuerza por volver el carruaje al camino; pero un nuevo disparo hiere al segundo animal, que de un salto impetuoso se precipita a su vez arastrando al abismo el coche y toda la familia que contiene. La silla de posta va saltando de roca en roca, y los ecos repiten los gritos, los lamentos y las maldiciones de las víctimas. Bossange se inclina sobre la sima, y de su pecho sale un grito estridente:



Láminas del folletín de LAS NOVEDADES.

—¡ Muger, maldita seas !...
 Todos esos acontecimientos se consumaron como por encanto. Al cabo de algunos segundos un silencio de muerte reinaba sobre aquella escena de desolacion.
 Sin embargo, en aquella soledad aun estan con vida dos hombres, el uno que ha cometido el crimen, el otro que ha estado á punto de participar de la suerte de las víctimas. El postillon, viejo soldado, no vacila un instante; aunque inerme, se arrojó con intrepidez sobre su adversario. Este le previene:



Láminas del folletín de LAS NOVEDADES.

de un pistoletazo se levanta la tapa de los sesos, y el postillon no halla mas que un cadáver.
 Hoy se hallan estinguídas la familia de Aranza y la de Viana, y cinco cruces negras marcan el lugar en que han perecido por la venganza y el crimen sus últimos descendientes. El castillo de Aranza se está derrumbando como el de Viana. Sobre la montaña se suele ver aun andar errando una muger cubierta de andrajos: es la gitana Catish, que va á orar y depositar flores sobre una tumba.

LAS NOVEDADES,

DIARIO POLITICO É INDEPENDIENTE.

TRATA TODAS LAS GUESTIONES CON LA IMPARCIALIDAD QUE TIENE PROBADA EN LOS TRES AÑOS QUE CUENTA DE VIDA.

HACE TRES EDICIONES DIARIAS.

UNA GRANDE para Madrid, y OTRA IGUAL para provincias, cuyas páginas son del tamaño de las de EL TIMES de Londres, y EL CONSTITUCIONAL de Paris.

OTRA PEQUEÑA DEL TAMAÑO QUE ANTIGUAMENTE TENIAN Las Novedades.

8 reales al mes.

EDICION GRANDE PARA MADRID.

8 reales al mes.

SE REPARTE DE 7 Á 8 DE LA MAÑANA.

Emite su opinion sobre la cuestion del dia interior ó exterior.
 Compila los párrafos notables de los periódicos de Madrid y del extranjero, reasumiendo en si el interés de toda la prensa periódica, de la cual viene á ser una enciclopedia.
 Publica con el adelanto posible las NOTICIAS FAVORABLES Ó ADVERSAS Á TODOS LOS PARTIDOS.
 Da las sesiones de Cortes con estension, gracias á lo extraordinario de sus dimensiones.
 Inserta diariamente TODOS LOS DECRETOS Y REALES ÓRDENES, DE FORMA QUE PUEDEN CONSULTARSE CON FACILIDAD.
 Publica una gaceta estensa y variada.
 Da cabida periódicamente á ARTICULOS MERCANTILES, DE TEATROS, MUSICALES, LITERARIOS, CIENTÍFICOS, REVISTAS DE MADRID, DE MODAS, ETC.
 Tiene siempre en publicacion una obra nueva notable, original ó extranjera, que no sea novela, y que sale á luz por capítulos cuando otros materiales dejen lugar para ello.
 Da á sus suscritores 36 PÁGINAS DE NOVELAS Á LA SEMANA EN FORMA DE BIBLIOTECA, Á DOS COLUMNAS, CON PROFUSION DE GRABADOS ENTERAMENTE NUEVOS.
 Consagra la última plana á un DIARIO DE AVISOS Y ANUNCIOS DE MADRID, que por si solo bastaria para interesar al público, puesto que contiene entre otras cosas:
Los bandos, subastas y las disposiciones importantes de todas las autoridades civiles y militares, tomadas del Diario oficial de avisos, EN EL MISMO DIA.
 Las noticias oficiales que este inserte, TAMBIEN EN EL MISMO DIA.
 EL SANTO DEL DIA y la indicacion de todos los cultos que se celebran en Madrid.
 Las horas de entrada y salida de todos los correos, diligencias y mensagerias, precios de los asientos y puntos de donde parten.
 Las horas de los trenes del Ferrocarril.
 La ENTRADA Y SALIDA DE BUQUES en los principales puertos de España.
 La cotizacion de los fondos españoles en la Bolsa de Madrid; las de las extranjeras; los precios de las acciones de todas clases; los cambios de la corte sobre provincias y extranjero, y las de las provincias sobre Madrid.
 Los precios de los principales artículos de comercio.
 Una estensa AGENDA, en la que consten los puntos y horas de despacho de todas las oficinas y establecimientos del gobierno.
 Una GUIA DEL FORASTERO, indicacion de las diversiones ó curiosidades que puedan visitarse cada dia.
 Una noticia del movimiento de la poblacion.
 Las observaciones astronómicas y metereológicas.
 Por último, avisos y anuncios de todas clases, ordenados en las mismas secciones que el Diario Oficial.

12 rs. al mes, 34 trimestre.

REMITIENDO LIBRANZA Á LA ADMINISTRACION.

EDICION GRANDE PARA PROVINCIAS.

14 rs. al mes, 40 trimestre.

HACIENDO LA SUSCRICION POR MEDIO DE COMISIONADO.

SE CIERRA Á LAS DOS Y MEDIA DE LA TARDE.

Estranjero 12 fs. trimestre.

Ultramar 20 rs. al mes.

Contiene LO MISMO QUE LA DE MADRID, con las siguientes ventajas:
 Que lleva á provincias los Decretos y Reales Ordenes, al mismo tiempo que la Gaceta Oficial.
 Que REASUME EL CURSO DE LAS SESIONES DE CORTES del mismo dia en que sale el periódico de Madrid, HASTA LAS DOS Y CUARTO DE LA TARDE.
 Que lleva á Provincias los párrafos notables de todos los periódicos de Madrid, las noticias esparcidas en los diversos diarios, y las trasmite á sus abonados en el mismo dia.
 Que lleva tambien el curso de los fondos públicos extranjeros, segun el correo del dia, y el de la Bolsa de Madrid, hasta las dos de la tarde.
LA SUSCRICION A LA EDICION GRANDE SOLO CUESTA 8 RS. AL MES EN MADRID Y 12 ó 14 EN PROVINCIAS. Por esta cantidad se recibe:
 UN PERIÓDICO POLÍTICO INDEPENDIENTE, de enormes dimensiones, que reasume el interés de todos los diarios de la capital.
 UN DIARIO DE SESIONES.
 UNA COLECCION UTILÍSIMA DE TODOS LOS DECRETOS Y REALES ÓRDENES.
 UNA COLECCION DE ARTÍCULOS AMENOS Y VARIADOS.
 36 PAGINAS DE NOVELAS POR SEMANA CON GRABADOS, forma de Biblioteca y en Madrid.
 UN DIARIO DE AVISOS Y ANUNCIOS DE MADRID semejante al DIARIO OFICIAL, que por si solo cuesta 8 rs.

6 rs. al mes, 18 trimestre,

REMITIENDO LIBRANZA Á LA ADMINISTRACION, Estranjero, trimestre, 24.

4 reales al mes en Madrid.

EDICION PEQUEÑA.

7 rs. al mes, 20 trimestre,

HACIENDO LA SUSCRICION POR CORRESPONSAL. Ultramar, trimestre, 24.

Esta edicion, semejante, aunque algo mayor en su tamaño, al que antes de ahora han tenido LAS NOVEDADES, es idéntica en la confeccion y en el orden de materias: siendo tan conocido el plan que hasta aquí ha seguido el periódico, creemos inútil explicarle nuevamente; solo advertiremos que en adelante llevará á provincias cualquier noticia importante que circule en Madrid hasta las dos y cuarto de la tarde, cosa que ha sido imposible hasta ahora.
 Entre las obras que próximamente darán LAS NOVEDADES por capítulos, se cuentan:

LAS MUJERES,
 CUADROS DE COSTUMBRES Y ANÉCDOTAS,
 por
ALFONSO KARR.

LOS DOS BUFONES,
 HISTORIA
 DEL TIEMPO DE FRANCISCO I.

MEMORIAS Y CORRESPONDENCIA
 POLÍTICA Y MILITAR
 DEL REY JOSÉ NAPOLEON,
 con un fragmento histórico, escrito por él mismo.

Todos los que se suscriban desde luego, á partir de 1.º de octubre, recibirán gratis los números que se publiquen hasta aquel dia. Para recibir en provincias dos números, por via de muestra, basta pedirlos en carta franca de porte.

SUSCRICION EN MADRID.

CENTRO DE SUSCRICIONES, JACOMETREZO, 26.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.

Librando el importe, ó en las principales librerías y administraciones de correos. No se recibe una sola carta sin franquear.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.